

LOS ULTIMOS INMORTALES

Curtis Garland

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

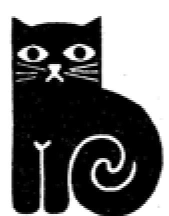


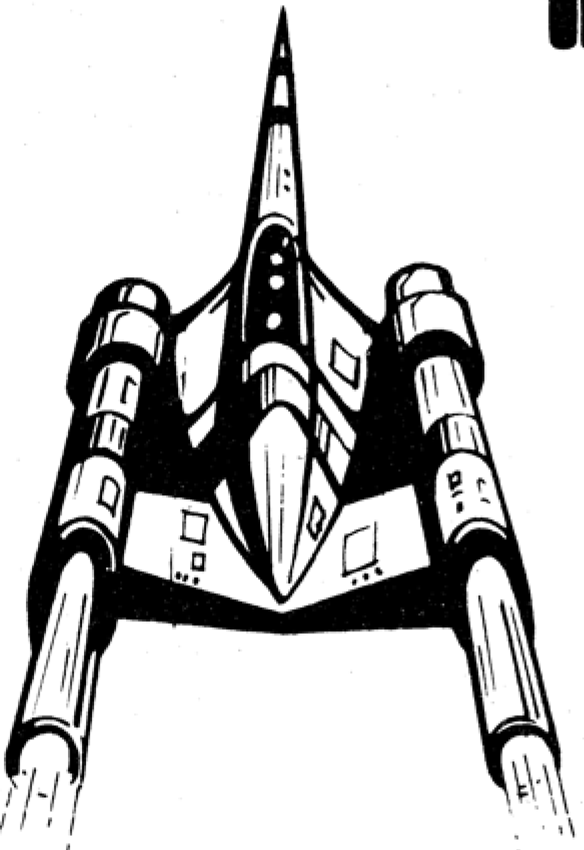
LOS ULTIMOS INMORTALES

Curtis Garland

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

608 — Súbdito de las tinieblas, *Kelltom Mclntire.*

610 — No somos dioses, *Ralph Barby*

611 — Seres superiores, *Lou Carrigan*

612 — La gran invasión, *Adam Surray*

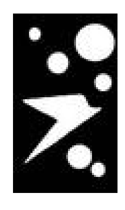
CURTIS GARLAND

LOS ULTIMOS INMORTALES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 613

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

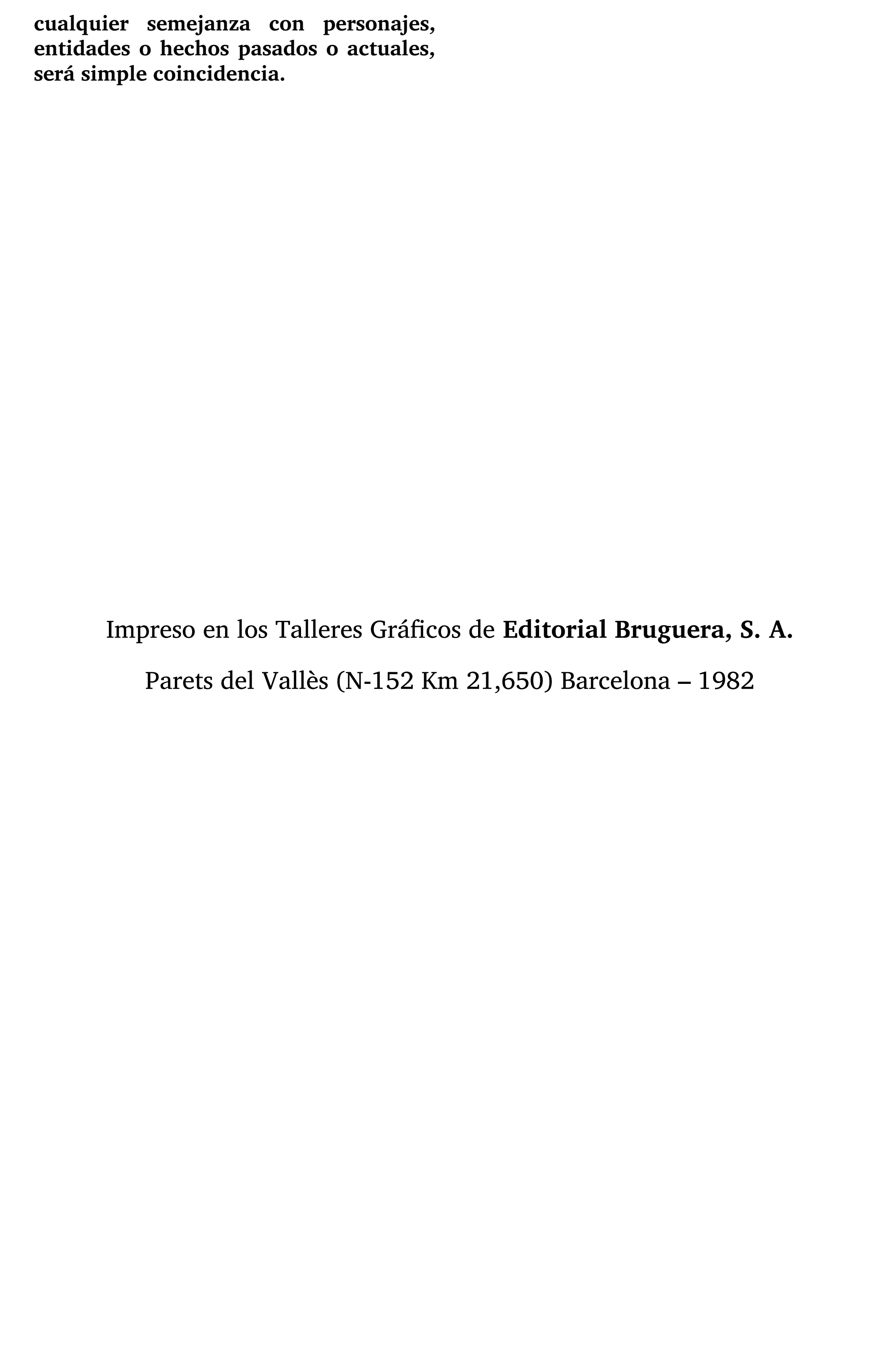
Depósito legal: B. 10.706 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: mayo, 1982

l.ª edición en América: noviembre, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que



cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1982

A mi sobrinito William David Nelson, en prueba de cariño, con las mejores esperanzas.

El Autor

Capítulo Primero

EVASION

Munro Kaar descargó el golpe con todas sus fuerzas.

Muchas cosas dependían de ese golpe. Entre ellas, su propia libertad e incluso su vida. Por ello puso en él su voluntad, su fe y toda su energía.

Resultó bien.

El oficial de guardia puso un gesto extraño, sus ojos se dilataron de asombro y dolor, y se desplomó pesadamente, sin exhalar siquiera un gemido, a pies de su agresor. Este le contempló aliviado y respiró profundamente.

—Lo he logrado —se dijo—. Ahora, que la suerte no me abandone.

Se inclinó, despojando al hombre uniformado de su casco protector y de su arma reglamentaria, que empuñó con decisión. Había dado el paso decisivo, y no era ya cosa de volverse atrás. Si querían volver a cazarle, tendrían que hacerlo cuando estuviese muerto. Nunca más sería un prisionero. Nunca.

Miró a ambos extremos del largo corredor, iluminado fríamente por los paneles de plástico translúcido que dejaban pasar la claridad lechosa de los puntos de luz. No se veía a nadie. Una flecha roja, encendida, señalaba el camino de los hangares, allá al fondo.

—Si fuera posible… —meditó, con expresión grave, humedeciendo sus labios, resecos a causa del nerviosismo y emoción vividos antes de su intento de fuga—. ¿Por qué no intentarlo, de todos modos?

Echó a andar en esa dirección, sin dejar de empuñar la pistola desintegradora con mano firme. Bajó la careta transparente del casco protector oficial, robado al militar abatido anteriormente. De ese modo, nadie podría impactar en su rostro o su cráneo con un proyectil adormecedor, de los que habitualmente se disparaban contra los prisioneros que intentaban escapar. Tendrían que tirar a matar, en todo caso. No quería volver a quedar inconsciente por culpa de una de esas balas adormecedoras, para despertar luego en una celda de

máxima seguridad, de regreso a su abyecta esclavitud bajo la tiranía del Supremo Orden.

Nadie salió a su paso, cosa sorprendente si se tenía en cuenta el complejo sistema de circuitos cerrados de televisión que permitían al cuerpo de vigilancia controlar todos los movimientos de la Torre Celular.

—Quizás sólo estén dándome cuerda para que me ahorque yo solo —se dijo, mirando en derredor, aprensivo—. Les gusta divertirse a veces como el gato y el ratón, antes de volver a echar su zarpa, malditos bastardos.

Pero aunque fuera así, no podía hacer otra cosa que seguir lo ya iniciado. Y esperar que sucediera lo que fuese, sin importarle nada el desenlace de su aventura.

Llegó ante las cabinas elevadoras, situadas en sus raíles verticales, siempre en movimiento arriba y abajo. Tampoco vio a nadie en aquella zona. Decidido, penetró en una de las cabinas ascendentes, y subió rápidamente a los niveles elevados de la Torre, donde sabía que se hallaban las plataformas de aterrizaje y despegue de las naves ligeras, las que hacían servicio de patrulla para el Supremo Orden. Cada vez le sorprendía más no encontrar enemigos en su camino, ni percibir las señales de alarma que marcasen el descubrimiento de su evasión por parte de los servicios de control policial y militar del edificio.

Munro Kaar saltó de la cabina cuando ésta llegó a su máxima altura, iniciando el descenso automático cuando él puso el pie en el corredor superior. La flecha roja señalaba el acceso a las pistas aéreas de la Torre. Y seguía sin encontrar vigilancia alguna. Era insólito, e incluso sospechoso. Aquello no tenía sentido. Sabían muy bien que gran parte de los reclusos de la Torre Celular eran personas peligrosas para el sistema, rebeldes y sublevados, disidentes políticos del Supremo Orden que controlaba el Sistema Estelar. ¿Cómo era posible que no hubiera encontrado en su camino otra oposición que la del oficial a quien abatiera poco antes? ¿Qué explicación podía tener la ausencia de señales acústicas o visuales de alerta?

Pese a todas esas dudas e incógnitas, Munro Kaar siguió adelante, hasta hallarse ante el acceso directo a una de las pistas. Asombrado, comprobó que bajo las estrellas de la noche, como una esperanza materializada e increíble, una ligera nave de patrulla se hallaba aparcada en la plataforma, presta a despegar en cualquier momento.

—No, no —musitó, perplejo—. Es demasiada fortuna. No puede ser posible…

Salió a la plataforma. Respiró hondo, con gran alivio, cuando aspiró el aire fresco de la noche, y sus ojos recorrieron la extensión luminosa de la gran urbe, capital del Sistema Estelar, en torno a la alta Torre Celular. En el espacio, aeronaves interplanetarias o intergalácticas se cruzaban, majestuosas, con las estaciones espaciales de aprovisionamiento o con los satélites de comunicaciones cósmicas. Era un espectáculo impresionante y hermoso, que hablaba de los grandes logros técnicos de una sociedad, de una civilización. Pero Munro sabía, como lo sabían muchos, que todo ese progreso se cimentaba en amargos pilares de represión, crueldad, tiranía política y social, autoritarismo al servicio de una ideología fanatizada e implacable.

Al fin respiraba aire puro, lejos de las celdas con su aire acondicionado y su iluminación artificial. Este era un lujo que no se podían permitir los hombres que deseaban ser libres en el Sistema Estelar Zerbo.

Se preguntó cuánto tiempo duraría aquel milagro, aquella esperanza maravillosa que significaba para él su intento de evasión. La vida en torno a la Torre era normal en la gran metrópoli. Por tanto, ¿qué sucedía dentro de la propia Torre, para que hubiese podido llegar tan lejos en su fuga?

Todavía seguía sin explicarse cómo la puerta de su celda quedó mal ajustada al serle servida la cena, cómo pudo abatir al celador, y luego al oficial de prisiones. Todo era como una sucesión de mágicos acontecimientos, de imposibles casualidades. Pero estaba allí, iba armado, y tenía una pequeña pero potente nave a su disposición. No iban a quitarle ya todo eso, salvo despojándole de la vida.

Examinó la nave con rapidez. Era un modelo bastante amplio y sumamente moderno. Como experto en astronáutica —había pertenecido a la Legión de Colonizadores del Espacio antes de rebelarse contra el sistema—, sabía que con aquella nave se podía llegar muy lejos si disponía del combustible necesario. Y éste no era demasiado voluminoso ni pesado en tal clase de naves, ya que funcionaban mediante pilas energéticas virtualmente inagotables, y podían viajar incluso a velocidades superiores a la de la luz, o salvar los «agujeros negros», pasando a otros Universos paralelos, llegado el caso. Su capacidad era de un máximo de cinco tripulantes y un mínimo de dos.

Pulsó una moldura exterior y, como esperaba, una puerta oval se

abrió en el fuselaje color cobalto, deslizándose silenciosamente el panel de liviano pero resistente metal.

Había luz en el interior de la nave. Y algo más que luz.

Una mano enguantada asomó, armada de una pistola desintegradora, y una voz fría le advirtió con tono perentorio:

—Adentro, amigo. No intente nada. No dispare ese arma que lleva. Vamos, entre inmediatamente.

Y cuando Munro Kaar iba ya a desobedecer esa orden, rebelándose contra una nueva captura, y comprendiendo que el juego había terminado, haciéndose añicos todas sus esperanzas, otra voz añadió con mayor suavidad:

—No haga ninguna tontería. Somos amigos. Si usted es Munro Kaar, no tiene nada que temer de nosotros.

Esta vez, la voz era de una mujer.

Munro Kaar entró en la nave sin responder, pero también sin soltar su arma.

* * *

Contempló en silencio a los dos ocupantes de la nave. Y ellos a él.

El hombre era fornido, joven y de rostro enérgico, mirada fría y aire resuelto. Como él mismo, lucía el uniforme de recluso, con su tarjeta de identificación plastificada adherida a su pecho. Ella era sorprendentemente atractiva, de suave belleza natural, ojos profundos, de un intenso color violeta, y sus formas físicas, realmente seductoras, aparecían disimuladas bajo su propio uniforme de la penitenciaría especial para los disidentes.

—Suelte el arma, Kaar —repitió con cierta dureza el hombre—. Será mejor, créame. Ella tuvo razón. Nadie va a hacerle daño, pero no me gusta fiarme de nadie.

—A mí tampoco. Especialmente, cuando tengo una ocasión de escapar —replicó Munro secamente.

—Si tiene esa oportunidad es porque nosotros se la hemos facilitado.

—¿Ustedes? —dudó Munro.

—Así es. ¿Por qué cree, si no, que nadie le ha visto huir a través de los circuitos de televisión y los controles electrónicos?

—Me gustaría conocer la causa, lo admito.

—Simplemente un truco —sonrió el otro—. Un truco que sólo yo podía hacerles a esos cerdos. Pero no van a vivir engañados mucho tiempo. Pueden detectar nuestra fuga en cualquier instante. Y si no nos damos prisa, lo echaríamos todo a rodar.

—Está bien —Kaar dejó su arma sobre un tablero de instrumentos de la nave—. Debo fiarme de ustedes, cuando menos. Si se han evadido, igual que yo, es posible que todos nos necesitemos los unos a los otros.

—Así es —corroboró ella con su suave y profunda voz—. Mi compañero es Proctor Zen, genio de la electrónica y de la cibernética. Para él no encierra dificultades neutralizar un sistema de alarma o un circuito de televisión. Y eso es lo que ha hecho hoy. Queríamos liberarle a usted, Kaar.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque es precisamente Munro Kaar, un astronauta experto… y disidente. Un enemigo del Supremo Orden que puede sernos muy útil y, a la vez, obtener en esto su propia libertad. Por eso lo elegimos Delta y yo. Delta Galia es mi compañera, por supuesto. Lo mismo que yo, cumplía condena por rebeldía contra el sistema. ¿Cree que sabe manejar este chisme?

—¿La nave? —Munro asintió—. Claro que sí. Es un juego de niños. Un vehículo sencillo, rápido, pero muy vulnerable. Las patrullas de combate del Estado pueden abatirnos fácilmente.

—Aun así, es todo lo que tenemos —repuso Proctor Zen con aspereza—. Vamos a salir de aquí de inmediato, si se decide a tripular esta nave.

—Por supuesto. Pero puede que no lleguemos muy lejos…

—Llegaremos hasta donde sea posible. Todo antes que volver a una celda y seguir siendo un prisionero. ¿No está de acuerdo?

—Totalmente, Zen. Vámonos de aquí ahora mismo, y que Dios nos ayude. Vamos a necesitarlo, se lo aseguro.

Se acomodó ante los mandos. Comprobó que todo estaba a punto en la nave. Sistema de propulsión, energía, aprovisionamiento… Conectó

la pantalla detectora. En su verde superficie luminosa, aparecieron numerosos puntos de luz en movimiento. Munro los señaló,

—Son patrulleras militares —informó—. Recorren nuestro mismo cuadrante. Nos tropezaremos con ellas sin remedio. No se puede abandonar la ruta sin que ellos nos detecten.

—¿Posibilidades de salir con bien de ese intento?

—Muy escasas. Un diez por ciento, diría yo.

—Es algo más que nada. Adelante, Munro. Confío en su pericia.

—Hará falta algo más que pericia para salir del atolladero —explicó Kaar gravemente—. Casi un milagro diría yo.

—A veces, los milagros se producen —rió Proctor con ironía.

—Eso era en otros tiempos, cuando la gente tenía fe en esas cosas. Pero no hablemos más. Hay que partir de aquí. ¿Cuánto calcula que tenemos de tiempo hasta que se dé la alarma en la Torre?

—No mucho. Hay relevo de guardia dentro de veinte minutos. Entonces descubrirán que alguien ha manipulado los circuitos de televisión situando un video con los corredores vacíos en el monitor central, y alterando los circuitos de alarma en la computadora coordenadora de la Torre, de forma que no detecte la presencia de seres humanos en las zonas prohibidas.

—Muy ingenioso su juego, Zen —sonrió Kaar—. Debe ser usted una especie de mago de la electrónica.

—Algo así —asintió ella—. Le asombraría ver lo que Proctor es capaz de hacer con una computadora.

—Pues puede probarlo también a bordo cuando emprendamos la marcha —dijo Kaar con un suspiro, pulsando las numerosas teclas de diversos colores que ponían en funcionamiento los motores fotónicos de la nave y encendían la carga energética—. Aquí hay una computadora. Si logra que ella transmita a las restantes naves de patrulla el código secreto que ellos utilizan entre sí, puede que salgamos de este embrollo, haciéndonos pasar por uno más de los vehículos en servicio.

—Usted cuídese de conducir —dijo Zen con decisión, inclinándose ante la computadora que controlaba los sistemas de navegación y comunicaciones de la nave—. Yo haré mi parte mientras tanto. Si esta máquina tiene memorizado ese código en alguna parte, lo encontraré.

Habitualmente, sus circuitos se programan para que se niegue a proporcionar información secreta a los extraños. Si es así, tendré que modificar sus circuitos y neutralizar esa orden. No va a ser fácil, pero puede intentarse.

Munro asintió. La nave comenzó a despegar suavemente, casi sin darse cuenta sus ocupantes. Momentos después, estaba en vuelo, alejándose vertiginosa como una flecha a través del negro cielo nocturno, y dejando atrás la plataforma de la Torre Celular.

—Su truco debe funcionar aún a la perfección —comentó Munro—. En la pantalla no se advierte que haya sido dada la alarma por nuestro despegue.

Proctor Zen se limitó a sonreír, mientras la joven se había acomodado en el asiento del copiloto, ocupándose de confirmar ruta, velocidad y datos de vuelo. Munro la miró de soslayo. Ella sonrió.

—No soy astronauta —explicó—. Mi especialidad es la biología. No llegué a doctorarme porque me sorprendieron en una rebelión estudiantil en el Centro de Estudios Científicos del Estado. Me condenaron a diez años de reclusión por ello. Sólo llevo aquí siete meses. De todos modos, sé algo acerca de estas naves, porque trabajé un tiempo con el profesor Skod, que además de biólogo era un apasionado de los viajes espaciales. Espero que pueda serle de alguna ayuda, pese a mi escasa experiencia en grandes vuelos.

—Si logramos abandonar la zona de vuelos militares y salir al espacio abierto, lejos de las coordenadas de vuelos convencionales del Sistema Estelar Zerbo, seguro que podrá ayudarme. Yo le enseñaré cómo conducir una nave de forma manual cuando falla la computadora de control. Pero si esto falla, no tendrá tiempo de nada. Nos derribarán sin remisión. Un solo impacto les bastaría. Ellos tienen cruceros espaciales de gran magnitud, cuya artillería nos haría pedazos, sin que la protección magnética pudiera salvarnos de sus impactos.

—Sí, lo sé —musitó ella, asintiendo pensativa.

Los ojos de Kaar no se despegaban lo más mínimo de la verde pantalla cuadriculada donde flotaban las luces que señalaban la posición de las patrullas militares de vigilancia.

Súbitamente, dos de éstas comenzaron a desplazarse en un mismo sentido. Kaar resopló, moviendo la cabeza con pesimismo:

—Lo sabía. Ya está ocurriendo.

—Ocurriendo, ¿qué? —se interesó Zen vivamente.

—Las naves de vigilancia nos han detectado. Vienen hacia nosotros sin perder tiempo. Creo que eso es el final, amigos.

Capítulo II

M E R C E N A R I O

Las luces se aproximaban con creciente rapidez. Una pantalla de la computadora trazó rápidas letras verdes a medida que llegaba un mensaje transmitido desde la nave de mando del control espacial:

> IDENTIFIQUENSE INMEDIATAMENTE Y CONFIRMEN RUTA MEDIANTE CODIGO A-3. CASO CONTRARIO, REGRESEN AL SUELO O SERAN DERRIBADOS.

Munro y sus dos imprevistos camaradas se miraron en silencio. Zen se enjugó el sudor, señalando a la computadora.

—Esa maldita máquina está programada como me temía: no revelará el código a menos que altere sus circuitos y anule la orden memorizada.

—¿Cuánto podría tardar eso?

—¿Y qué más da eso? Ya ve el mensaje. Ellos nos pulverizarán en segundos si no respondemos o no nos rendimos. La aventura termina apenas comenzada. Lo siento, Kaar. Yo tuve la culpa al meterle en esto.

—No diga tonterías. Vale más morir ahora luchando, que hacerlo lentamente en una celda —replicó Munro con energía—. Insisto: ¿cuánto tardaría en reparar esa computadora de modo que nos facilite el código secreto?

—No sé. Tal vez diez minutos, si todo va bien. O diez horas, si va mal.

—Inténtelo en el menor tiempo posible. Vamos, manos a la obra.

—¿Para qué? —se lamentó Zen—. Mire eso. No son nada pacientes, ¿eh?

Kaar contempló la pantalla. Las letras verdes oscilaban. Apareció un nuevo mensaje muy breve:

RESPONDAN DE INMEDIATO O DISPARAMOS. ES EL ULTIMO AVISO.

Kaar respiró hondo. Alargó su mano. Tecleó con rapidez una respuesta:

«AVERIADA COMPUTADORA. MENSAJE LLEGA
INININTELIGIBLE. RUEGO OTRO MEDIO COMUNICACION.»

El texto fue transmitido de inmediato a la pantalla de la nave de mando. Febrilmente, Proctor Zen manipulaba ahora los circuitos de la computadora, tras haber quitado la tapa de una de sus zonas de bancos de memoria. Era obvio que se movía entre aquel laberinto electrónico como pez en el agua. Pero también era evidente que no sabía cómo encontrar la información secreta allí almacenada.

Kaar miraba fijamente a la pantalla donde las luces señalaban el movimiento cada vez más próximo de las naves. Conectó una pantalla de televisión de una línea de seis monitores situados frente a él.

En el negro cielo tachonado de estrellas y de nebulosas, se hicieron visibles dos formas ovaladas, de proa puntiaguda, avanzando hacia ellos. Ya eran visibles directamente. Eso indicaba que dentro de poco les tendrían a tiro.

—Pida información al control —rogó a la muchacha—. ¿De qué tiempo disponemos para estar a tiro de su artillería?

Asintió Delta, pidiendo esa información a la máquina. Un mensaje apareció escrito en la pantalla:

«DISTANCIA DE NAVES ENEMIGAS: SEIS PUNTOS
ESPACIALES. EN CUATRO MINUTOS ESTARAN A TIRO.»

—Cuatro minutos —refunfuñó Kaar—. Muy poco, Y si intentamos la evasión, nos habremos delatado definitivamente. Ellos avisarían a otras naves para cerrarnos el paso. No habría escapatoria posible.

Un rápido y continuado *bip-bip-bip* empezó a brotar de un receptor. Parpadeó una luz roja. Y una voz metálica, fría e impersonal, sonó

dentro de la nave:

—Repetimos mensaje de forma oral, ante avería su computadora. Identifíquense mediante Código A-3, o dispararemos. Responda de inmediato si ha oído el mensaje y dé la respuesta prevista. No avisaremos más.

—Nos hablan directamente de la nave de mando —dijo Kaar—. Ahora no podemos seguir fingiendo.

Tres minutos, y serían pulverizados con una simple descarga de aquellas potentes naves militares. Miró de soslayo a Proctor, que sudaba copiosamente, revisando incansable los bancos de memoria. El le devolvió la mirada.

—Creo que casi lo tengo —jadeó—. Un minuto más, Munro, y puede que la máquina transmita directamente en el Código pedido...

—No puedo perder un minuto. Ellos sospecharán —susurró Kaar en tensión—. Hay cuatro patrullas más en las proximidades de nuestra ruta de vuelo. Si las avisan a todas, seremos cercados y abatidos sin remedio.

—Responda —insistió la voz en el receptor—. Vamos a disparar.

En la pantalla visora, se veía la creciente proximidad de las naves militares. Pensó en conectar la protección magnética, pero eso sería un error. Ellos captarían con sus sensibles detectores el hecho. Y sería como delatarse abiertamente, admitiendo ser enemigos del Estado.

—Un momento —habló serenamente Munro, pulsando la tecla de comunicación verbal con las naves—. Tenemos problemas a bordo, dificultades...

—¿Qué clase de problemas? —insistió la voz—. Eso no les impedirá utilizar el Código. Podemos ir a ayudarles, pero sólo si confirman su identificación...

Munro miró a la placa identificadora de a bordo, situada sobre los mandos. La nave estaba asignada a la Patrulla de Vigilancia Interurbana DZ-122. Su titular al mando era un tal comandante Xarko.

Dar esos datos era como suicidarse. Si informaba de ello, debía hacerlo mediante la codificación prevista, o demostraría que ellos eran unos suplantadores. Dirigió otra angustiosa ojeada a Zen y a su reloj. Dos minutos escasos para estar a tiro del enemigo. Y Zen seguía trabajando en el banco de memoria de la computadora.

—Tampoco recibimos bien la comunicación —mascullό Kaar, golpeando repetidas veces con sus manos el transmisor, para que hiciese ruidos e interferencias—. Creo que, de todos modos, podemos arreglárnoslas solos. De un momento a otro se resolverá esto...

—Recibimos mal su comunicación, pero podemos oírle perfectamente —dijeron de la nave de mando—. Recurra al Código verbal y bastará. Hágalo o será abatido. Vamos a presionar los resortes de disparo. Si se inicia la cuenta atrás, no podrán detenerse los proyectiles, recuérdelo.

—Lo sé, lo sé... —jadeó Munro, angustiado—. Sólo un instante, por favor...

—No —negó la voz fríamente—. Conectamos orden de disparo.

—¡Ya! —susurró Zen, incorporándose, lívido—. Transmita...

—¡Resuelto el problema! —gritó Munro, exasperado—. ¡Enviamos mensaje codificado de identificación!

Pulsó el teclado de transmisión escrita. La computadora actuó, transmitiendo en clave, mediante el Código A-3, que Zen había programado, anulando la orden de no transmitir que tenía la máquina.

Ininteligibles líneas de cifras y letras verdes aparecieron en la pantalla. Kaar miraba como hipnotizado a las naves situadas frente a ellos. Si habían pulsado los resortes de disparo, ya todo sería inútil. Nadie podía detener una orden de abrir fuego, una vez recibida por los circuitos automáticos.

La pantalla se quedó en blanco durante unos angustiosos segundos. Por fin, aparecieron letras verdes en rápida sucesión:

> «IDENTIFICACION CORRECTA. RECIBIDA EN EL MOMENTO PRECISO EN QUE IBA A SER ORDENADO ATAQUE ARTILLERO. TUVIERON SUERTE. INFORMEN SI PUEDEN REPARAR AVERIAS.»

Kaar sonrió, profundamente aliviado. Tecleó, dando respuesta afirmativa. Cuando las potentes naves militares dieron media vuelta, alejándose de ellos, los tres soltaron un profundo suspiro.

—Creí que nos hacían pedazos —musitó Delta.

—Y yo —resopló Munro Kaar. Sonrió a Zen, palmeándole el hombro —. Le felicito, amigo. A eso se le llama trabajar bien.

—Hubo suerte, eso es todo. Igual pude haber perdido dos horas en hallar el banco de memoria adecuado.

—¿Dos horas? —rió Kaar—, No teníamos ya ni un minuto para irnos al infierno... Ahora, en cambio... estamos salvados hasta que se detecte la alarma en la Torre. Pero para entonces confío en poder haber saltado de la zona de vuelos convencionales a las rutas intergalácticas.

—¿Puede esta nave ir tan lejos? —se sorprendió Delta.

—Sí. Su energía es capaz de ello. Y tiene una gran rapidez de desplazamiento. Vamos a pasar a velocidad superlumínica en cuanto ésos se alejen lo suficiente. Eso es algo que esas pesadas naves de combate no pueden hacer. Pero necesitamos que se caliente el sistema de propulsión lo preciso, o saltaríamos en simples partículas de polvo si pasáramos de la velocidad normal de crucero a la superlumínica.

—Eso lo sé —asintió Proctor Zen acomodándose en un asiento posterior, tras ajustar la tapa a la computadora—. Un amigo mío lo hizo una vez. Era un buen astronauta, pero cometió un error al pulsar los mandos. Desapareció en el acto, como volatilizado, con nave y todo.

Munro Kaar movió afirmativamente la cabeza y siguió conduciendo la liviana nave patrullera robada a los leales al Supremo Orden, los esbirros implacables del gran tirano, Ilvo Dankov, jefe supremo de! Estado del Sistema Estelar Zerbo.

* * *

—¿Cómo pudieron escapar?

El general Lothan, de los Servicios de Seguridad del Supremo Orden, dejó de pasear por la sala como un tigre enjaulado. Su alta figura de uniforme verde oscuro destacó, recortándose contra el ventanal por el que penetraba el resplandor de estrellas, nebulosas y satélites artificiales en órbita. Unos fríos ojos claros se clavaron en su interlocutor.

—Al parecer, uno de ellos, un tal Proctor Zen, es un genio de la electrónica. Se ha descubierto que manipuló los circuitos detectores y de alarma, reprogramándolos de otra forma y anulando los impulsos normales, al tiempo que situaba en pantalla un vídeo que impedía ver

la transmisión en directo desde los diversos corredores. Para todo ello le bastó haber sido enviado durante media hora a los controles electrónicos, a causa de una avería. Reparó esa avería, sí, pero desconectó todo sistema de alarma, dejó inutilizados los sistemas de seguridad de las celdas elegidas por él, y así pudieron otros dos reclusos evadirse con él. Mediante el mismo sistema, llegaron sin ser detectados a la plataforma de la Torre donde había una nave patrullera a punto, y despegaron con ella.

—Una fuga ingeniosa —comentó con aire indiferente el personaje de negras ropas lustrosas, casquete igualmente negro, de metal, adherido a su cráneo, y extraña faz lívida, la mitad de la cual sufría una parálisis absoluta que le impedía mover los músculos faciales en esa zona. Con lo que sus guiños o su sonrisa cobraban un siniestro aire de muecas malignas—. ¿Quiénes huyeron con él?

—Una mujer, Delta Galia, estudiante de biología. Y un astronauta experto, rebelado contra el Estado, Munro Kaar —informó secamente el general Lothan.

—Tenía entendido que el cielo urbano de Zerbo está siempre vigilado por patrullas militares del espacio...

—Así es, maldita sea —bramó el general con disgusto—. Pero no sé cómo, ese maldito trío de forajidos pudo engañarles, transmitiendo en código tras una fingida avería. Creo que Zen manipuló la computadora, que estaba programada para no facilitar el código a quien no fuese tripulante habitual suyo, y que tendría que identificarse previamente mediante un segundo código cifrado.

—Evidentemente, ese tal Zen es un mago en su especialidad —rió huecamente el enlutado, torciendo su media cara normal—. ¿Dónde están ahora los fugitivos?

—En el espacio intergaláctico.

—¿Cómo? ¿Han podido escapar del Núcleo?

—Así es. Utilizaron la velocidad superlumínica. Mis naves han detectado un salto al hiperespacio. Debe navegar ahora lejos del Sistema Estelar.

—Entiendo. Por eso me ha hecho llamar a mí...

—Así es, Zidar —afirmó el militar fríamente—. Usted es un profesional, un cazador de recompensas, ¿no?

—Es mi oficio, en efecto. ¿Cuál es el premio por esas tres cabezas,

general?

—Un millón. Y un cargo en el Estado.

—Es bastante —admitió el hombre de negro, frotándose el mentón con sus enguantadas manos de superficie metalizada—. ¿Podrán informarme del punto exacto en que navegan ahora?

—Si no exacto, sí aproximado. Mis expertos están trabajando en la tarea de unir las coordenadas, para hallar el punto exacto de confluencia en el hiperespacio.

—Será suficiente. ¿Deben ser eliminados?

—Los preferiría vivos —silabeó el general con malignidad—. Sería hermoso someterles a refinados tormentos en premio a su evasión… Pero si hay dificultades, mátelos. El caso es que no cunda su ejemplo. Es peligroso que los rebeldes se salgan con la suya. Muchos otros podrían repetir la suerte.

—Muy bien. Necesitaré disponer de una nave especial, capaz de dar alcance a un vehículo tan ligero y potente.

—La que usted elija, Zidar. Tiene cuatro nuevos modelos especiales para elegir. ¿Y gente?

—No necesito a nadie. Dispongo de mis propios androides asesinos —rió huecamente Zidar—. Ellos no cometen errores, simplemente porque no son humanos, aunque lo parezcan. Están programados para matar. Y nunca fallan.

—Bien. El Estado confía en usted. Ténganos informados en todo momento.

—No teman. Zidar nunca deja de cumplir una misión. Esos tres caerán sin remedio. Tiene mi palabra, general.

Y tras un taconazo militar, se puso rígido y salió del despacho del general Lothan con paso firme, marcial. El general le contempló pensativo. Luego meneó la cabeza.

—Por nada del mundo me gustaría tener a ese hombre tras de mí como enemigo —murmuró, disponiéndose a dar instrucciones por el intervisor para que el viaje estelar del cazador de recompensas estuviese dispuesto lo antes posible—. Lo cierto es que no quisiera estar en la piel de esos tres forajidos que quizás a estas horas se creen ya definitivamente a salvo, lejos del Núcleo Tritón, lejos del Sistema Estelar Zerbo…

Capítulo III

ZONA PROHIBIDA

—Aquí está. Núcleo Tritón, Sistema Estelar Zerbo —rió Proctor Zen, señalando el mapa celeste luminoso en un remoto ángulo muy alejado del puntito luminoso rojo que marcaba su situación actual en el hiperespacio—. Qué remoto se le ve, ¿eh, amigos?

—En efecto —afirmó Delta con aire risueño—. Millones y millones de millas nos separan ahora de él.

—Las millas son una distancia muy corta para señalar esa magnitud espacial que nos aleja de Zerbo —objetó Kaar, que anotaba en la agenda electrónica los datos del cuaderno de bitácora de la singladura que ahora realizaban en los infinitos océanos del Cosmos—. Esta nave tiene un sistema de propulsión tan modernizado que hemos rebasado en mucho todos los cálculos previstos. Creo que nos hallamos casi a mil años-luz de Zerbo.

—¡Mil años-luz! —repitió ella fascinada—. Eso quiere decir que estamos ya fuera de su alcance, totalmente a salvo del Supremo Orden y sus esbirros...

—No del todo, Delta. Piense que, igual que esta nave ha llegado hasta aquí, podría hacerlo alguna otra tan potente o más. Depende de los avances técnicos que los ingenieros espaciales de Zerbo hayan realizado últimamente. El tirano Dankov no se dará por satisfecho sabiendo que hemos huido de sus garras. Eso podría incitar a nuevas rebeliones y crear problemas a su dictadura.

—Es cierto —apoyó Zen—. Yo nunca me sentiré realmente tranquilo, esté donde esté, mientras Ilvo Dankov sea el amo supremo del Sistema Estelar Zerbo, y sus sicarios continúen imponiendo su represión y su política de terror a todos.

—Creo que ahora debemos proceder a reponer nuestras energías y olvidarnos de todo eso por el momento —aconsejó Kaar—. La nave seguirá su ruta controlada automáticamente por la computadora, mientras nosotros tomamos un refrigerio. Delta, usted será nuestra encargada de aprovisionamiento y material. De modo que en sus manos dejamos el posible festín.

Ella sonrió, asintiendo, y pasó a la cámara donde se almacenaban alimentos deshidratados, líquidos concentrados y cuanto necesitaban

para subsistir durante un cierto tiempo.

Momentos después, reaparecía llevando tres bandejitas donde había calentado e hidratado los platos precocinados, cuyo aspecto, si no digno del festín que mencionara Munro, sí cuando menos era apetitoso y agradable.

—Crema de pescados, carne con verduras y fruta —anunció ella—. Un menú muy aceptable, dadas las circunstancias. Ah, y leche o cerveza para beber.

Almorzaron en buena camaradería, haciendo comentarios joviales sobre su evasión y la ira que imaginaban en sus celadores y guardianes. Zen confesó, al llegar a los postres:

—Cuando me hablaron de usted, Kaar, en seguida lo elegí como compañero de fuga, si bien no pude comunicarme previamente con usted para advertirle. Mi plan era disponer de un astronauta experimentado que pudiera conducirnos a algún sitio habitable y lo bastante alejado de esos tiranos como para vivir tranquilo.

—¿Y a Delta? ¿Por qué la eligió a ella? —quiso saber Munro.

—Bueno, eso es distinto —Zen pareció algo azorado—. Es una mujer, es joven y bonita, y nos conocimos en la Torre.

Supe que tendría que pasarse allí diez interminables años y decidí impedirlo como fuese.

—Entiendo —sonrió Munro—. Usted ha dicho que confía en que yo pueda conducirles a un sitio habitable y seguro, pero, ¿existe ese lugar?

—Tiene que haber uno, ¿no es cierto?

—Eso nunca se sabe. Lo único cierto es que solamente se conoce una raza humana e inteligente: la nuestra. En tiempos pasados, estuvimos en un solo planeta lejano, llamado Tierra, según dicen los libros de nuestros orígenes. Pero aquel planeta se destruyó un día, nuestros antepasados viajaron por el espacio hasta colonizar otros mundos, y el descubrimiento de la velocidad ultralumínica les permitió dispersarse por el Universo, hasta crear el Núcleo Tritón, en el Sistema Estelar Zerbo. Siempre buscaron con ansiedad a otras razas humanas, pero jamás las hallaron en parte alguna. No creo que nosotros tengamos más fortuna que ellos.

—¿Eso quiere decir que nunca... nunca... encontraremos un planeta habitable donde instalarnos? —se asustó Delta.

—Habitable, quizás. Pero habitado… no sé —se encogió Kaar de hombros—. En cuyo caso, sólo podremos fundar una nueva colonia humana nosotros tres: una mujer y dos hombres.

Delta enrojeció vivamente al comprender. Desvió la mirada. Zen tosió, confuso.

—No había posibilidad de liberar a otra mujer, Munro —comentó con pesar—. De veras lo siento. De todos modos, Delta no es nada mío, sólo compañera. Puede que le elija a usted, Munro, no a mí.

—Están hablando de mi persona como si estuviese obligada a escoger —se irritó ella.

—Creo que no podríamos forzarla a eso —rechazó Kaar, pensativo —. Pero si convivimos los tres solos en un mundo deshabitado… ¿qué puede suceder?

Siguió un profundo silencio. Todos parecían darse cuenta de lo difícil de la situación, a medida que transcurriese el tiempo. La convivencia de dos hombres y una mujer no iba a ser fácil, ni mucho menos, fuese cual fuese la decisión de ella al respecto.

—De todos modos, siempre hay la esperanza de hallar seres vivos, inteligentes… y humanos —jadeó Zen—, ¿Por qué no, habiendo tantos mundos, tantas galaxias?

—Sí, ¿por qué no? —suspiró Munro, no muy convencido, sacudiendo la cabeza.

Delta empezó a retirar en silencio los servicios del almuerzo a bordo. Súbitamente, un zumbido prolongado invadió la nave. Una luz roja comenzó a parpadear. Y en las pantallas de la computadora apareció una sola frase, al tiempo que su habitual color verde fluorescente se convertía en intensamente escarlata:

ALERTA MAXIMA

—¡Alerta máxima! —gritó Kaar, precipitándose a los mandos cuando éstos comenzaban a bloquearse ya, automáticamente, y la nave se detenía en medio del espacio—. ¿Qué diablos ocurre ahora?

* * *

Se habían inmovilizado en el infinito. Flotaban quietos, como un objeto inanimado, incapaz de desplazarse hacia parte alguna. Igual que si colgase la nave de un hilo invisible, tendido desde otro Universo.

—¿No podemos ponernos en marcha? —preguntó Zen, alarmado.

—No, no podemos —dijo Kaar—. La computadora ha bloqueado los mandos.

—¿Por qué?

—Lo ignoro aún. La señal de «alerta máxima» paraliza todas las funciones mecánicas de a bordo. Pero supongo que los sistemas manuales funcionarán.

—¿Será prudente utilizarlos?

—No lo sé, porque ignoramos la naturaleza del hecho que ha motivado ese alerta. En las pantallas no se ve nada en absoluto. Intentaremos que la computadora informe.

Pulsó el teclado, pidiendo toda la información posible a la máquina. Esta sustituyó el letrero de «alerta roja» por unas breves palabras, trazadas también en rojo en la pantalla, prueba evidente de su carácter de emergencia:

«ESTAMOS EN LOS LIMITES DE LA «ZONA PROHIBIDA». NINGUNA NAVE DEBE ADENTRARSE EN ELLA.»

—Zona prohibida… —repitió Proctor Zen, perplejo—. ¿Qué es eso, Kaar?

—Sé tanto como usted. Nunca llegué tan lejos. Ni posiblemente ningún otro hombre. Siempre ha existido un miedo atávico a pasar del Núcleo Tritón hacia más lejanas galaxias. Puede ser que la computadora obre así por haber sido programada para ello, simplemente. Ya sabe, como los antiguos en nuestro mundo de origen pensaban respecto a los primeros viajes por los mares… Lo desconocido siempre ha asustado al Hombre.

—¿Por qué no trata de saber si es sólo cosa de la computadora, antes de intentar movernos por sistemas manuales?

—Es lo que pensaba hacer —afirmó Munro, tecleando en la

máquina electrónica.

La nueva respuesta no aclaró mucho. Y, en cambio, abrió una nueva y enigmática posibilidad:

> «NEGATIVO. NO ESTOY PROGRAMADO PARA ELUDIR LA "ZONA PROHIBIDA". QUIENES ASI DENOMINARON A ESTE SECTOR COSMICO, HAN TRANSMITIDO LA ORDEN A MI. NO ME PERMITEN AVANZAR MAS. ES ALGO QUE ESTOY OBLIGADO A CUMPLIR. NO DISPONGO DE MAS INFORMACION.»

—Cielos... —musitó Delta, asustada—. Entonces hay algo aquí que domina a la máquina, dándole órdenes que ella obedece, rebelándose contra su propia programación original...

—¿Cree que podrá también resolver eso, Zen? —se interesó Kaar, frunciendo su ceño.

—Pues la verdad, no sé. Nunca antes de ahora vi algo parecido. Las computadoras no se reprograman espontáneamente sin alguien que las dote de los datos necesarios. Veamos, de todos modos...

Abrió de nuevo la tapa de la máquina para hurgar en su banco de memoria. Ocurrió algo sorprendente. La máquina emitió un zumbido. En su pantalla apareció un mensaje imprevisible.

> «INUTIL REPROGRAMARME. ME HAN ORDENADO NO AVANZAR. NO AVANZARE. VOY A AUTOANULARME TOTALMENTE.»

Y de súbito, las luces se apagaron en su totalidad, y todo quedó en silencio dentro de la nave. Sonaron imprecaciones de los tres viajeros.

Kaar encendió la luz de emergencia. El interruptor funcionó, y la lámpara llenó de una claridad rojiza el recinto. El acondicionador automático de aire respirable y de temperatura estaba paralizado también. Comenzaron a flotar los tres en la cabina, elevándose como ligeros globos.

—El paro es total —gruñó Zen—, Si esto sigue así, nos helaremos, el

aire se llenaré de anhídrido carbónico, y hasta hemos perdido la gravedad artificial a bordo... ¡Esa maldita máquina parece viva y hace lo que le viene en gana! Sin ella, estamos perdidos.

—No del todo, Proctor —rechazó Munro, ceñudo—. Aún disponemos de los mandos manuales. Podemos conectar el sistema manual de emergencia al acondicionador de aire y temperatura, así como al gravitador. Pero es como si estuviéramos perdidos e indefensos. Arriesgarnos a entrar en esa zona, es quizás suicida. Cuando una computadora se niega a hacerlo... ¿qué podemos esperar nosotros, los humanos, con nuestras solas fuerzas?

—Además, no funcionan los indicadores de situación, de velocidad, los paneles luminosos de la carta celeste... —señaló Delta-. Es como estar paralíticos, sordos y ciegos en medio de un negro vacío sin fin.

—De momento, conectemos lo que no implica riesgo —se movió dificultosamente, dada la ausencia de gravedad, flotando de pared en pared, hasta conectar los mandos manuales y establecer dentro de la nave el equilibrio vital. Volvió a respirarse limpiamente, la temperatura se estabilizó y sus cuerpos regresaron al suelo firme. Pero seguían temendo como única luz la lámpara roja, y todo en los controles aparecía silencioso y sin actividad. Las pantallas apagadas eran como pupilas ciegas en la noche.

—Bueno, ¿y ahora qué? —farfulló Proctor amargamente.

—Ahora, meditemos bien lo que vamos a hacer —dijo con lentitud Munro-. Cualquier precipitación puede sernos funesta. Existen dos posibilidades: retroceder, volver sobre nuestros pasos, con lo que supongo que se conectarán automáticamente de nuevo los circuitos, recuperando la normalidad.

—¿Cuál es la otra posibilidad?

—Entrar ahí, en esa zona, a todo riesgo —señaló Munro.

Zen no dijo nada. Delta tampoco. Se limitaron a mirarse, indecisos. Munro se incorporó, yendo al muro de la cabina. Presionó una moldura, deslizando un panel metálico del mismo A través de un ventanal ovalado, fue visible el espacio en una amplia extensión. Por contraste, ahora la luz de las estrellas, planetas y nebulosas, resultaba radiante, con un resplandor fantástico en la eterna negrura del infinito.

—No se ve nada especial en la llamada «zona prohibida» -señaló él —. Sin embargo, tiene que haber «algo», invisible para nosotros, que

actúa desde ahí sobre nuestra computadora y la bloquea con una orden definitiva. Lo que ello sea, escapa a mi entendimiento, lo confieso.

—¿No podemos tomar otro rumbo que no sea el de retorno al Sistema Estelar Zerbo? —sugirió Delta Galia suavemente, acercándose a Munro para contemplar junto a él las estrellas.

—Por supuesto. Pero observe el cielo, Delta. Yo había notado ya antes eso. Existe un enorme vacío absoluto, en torno a este sector, que se extiende en todas direcciones, menos en la que hemos llegado nosotros. Si mis cálculos no fallan, aun viajando sin descanso, podríamos tardar siglos enteros en llegar a un planeta o astro habitable. Es un vacío desolador, inmenso, de dimensiones colosales. Aquellas nebulosas que vemos en la distancia, puede que estén a millones de años-luz. Es imposible llegar a ellas. Y son la única zona poblada de astros en todas esas direcciones.

—Sí, parece cierto —admitió ella, decepcionada—. Donde se ven astros más próximos, nebulosas más cercanas... es justamente en la llamada «zona prohibida».

—Exacto. De modo que sólo hay dos posibilidades de hallar un mundo donde poner el pie en un período relativamente breve: o esa zona... o el retorno al Sistema Estelar.

—¡Eso nunca! —clamó Proctor airadamente.

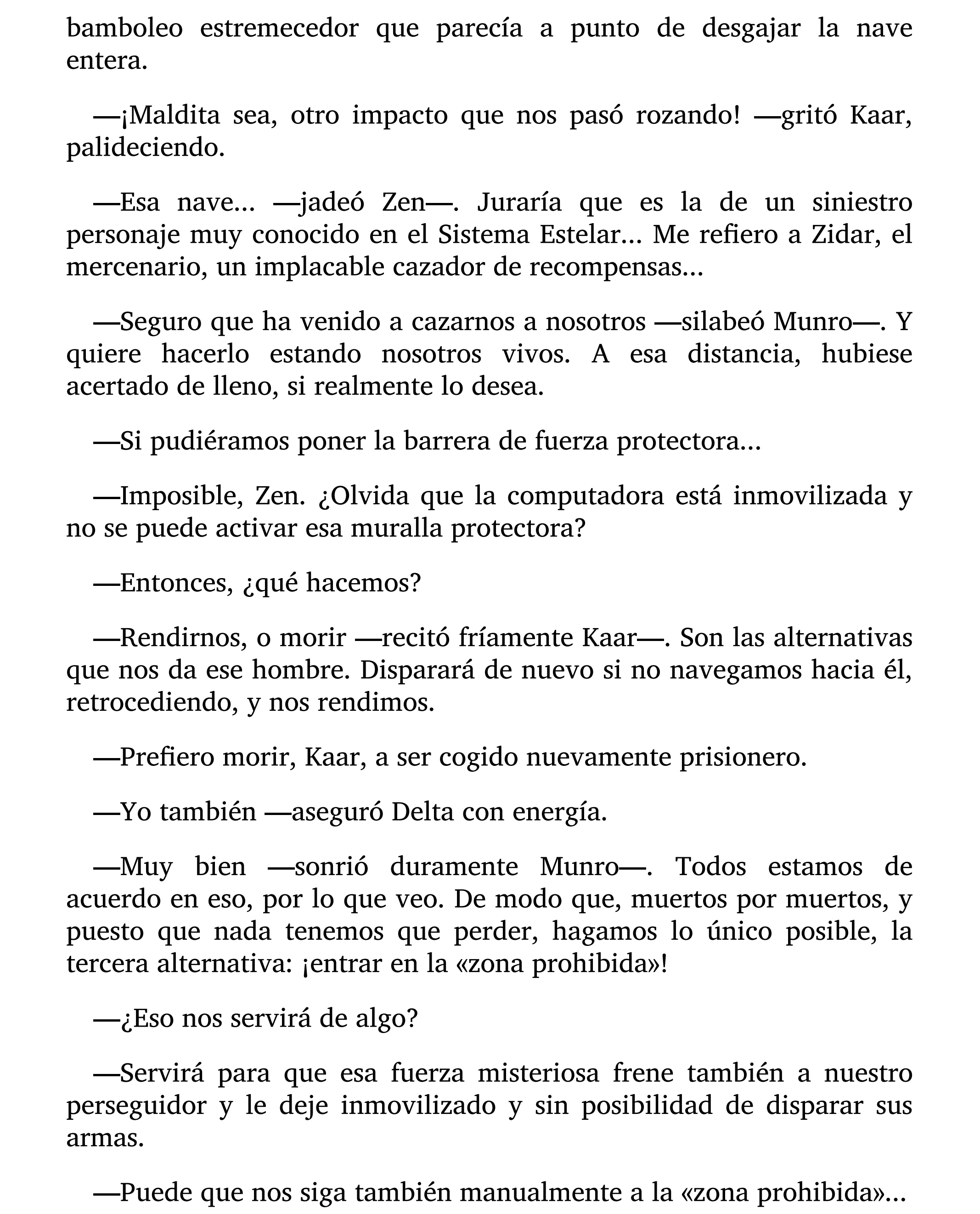
—Entonces... ¿qué se decide? Votemos por una alternativa. Siendo tres, no puede haber empate.

No fue preciso recurrir a tan democrático sistema de decisión. Algo decidió por ellos con apremiante urgencia.

De repente, el cuerpo de la nave osciló violentamente en el espacio, como sacudido por una convulsión inexplicable. Luego, junto a ellos, una vivísima llamarada iluminó la negrura cósmica, y un fragor espantoso les ensordeció, mientras la nave no cesaba de agitarse, arrojándoles contra los muros de la cabina.

—¡Dios mío, mire eso, Kaar! —gritó Zen—. ¡Nos atacan!

Era cierto. Una negra nave de extraña forma era visible en la panorámica celeste, destacando a alguna distancia, pero avanzando con centelleante rapidez hacia ellos. De su morro oscuro, brotó un destello. Instantes después, otro fogonazo cegador reventaba junto a la nave ocupada por los tres fugitivos, y toda ella se conmovía con un



bamboleo estremecedor que parecía a punto de desgajar la nave entera.

—¡Maldita sea, otro impacto que nos pasó rozando! —gritó Kaar, palideciendo.

—Esa nave… —jadeó Zen—. Juraría que es la de un siniestro personaje muy conocido en el Sistema Estelar… Me refiero a Zidar, el mercenario, un implacable cazador de recompensas…

—Seguro que ha venido a cazarnos a nosotros —silabeó Munro—. Y quiere hacerlo estando nosotros vivos. A esa distancia, hubiese acertado de lleno, si realmente lo desea.

—Si pudiéramos poner la barrera de fuerza protectora…

—Imposible, Zen. ¿Olvida que la computadora está inmovilizada y no se puede activar esa muralla protectora?

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Rendirnos, o morir —recitó fríamente Kaar—. Son las alternativas que nos da ese hombre. Disparará de nuevo si no navegamos hacia él, retrocediendo, y nos rendimos.

—Prefiero morir, Kaar, a ser cogido nuevamente prisionero.

—Yo también —aseguró Delta con energía.

—Muy bien —sonrió duramente Munro—. Todos estamos de acuerdo en eso, por lo que veo. De modo que, muertos por muertos, y puesto que nada tenemos que perder, hagamos lo único posible, la tercera alternativa: ¡entrar en la «zona prohibida»!

—¿Eso nos servirá de algo?

—Servirá para que esa fuerza misteriosa frene también a nuestro perseguidor y le deje inmovilizado y sin posibilidad de disparar sus armas.

—Puede que nos siga también manualmente a la «zona prohibida»…

—Que lo haga —rió con agresividad Kaar—, Manualmente no puede utilizar la artillería especial. Estaremos en igualdad de condiciones al menos. De modo que… ¡adelante! Y que sea lo que Dios quiera.

Y resueltamente, con expresión sombría, Munro Kaar empuñó el timón manual y pisó los aceleradores.

La nave, con un súbito respingo, avanzó vertiginosa, penetrando en la oscura región cósmica donde algo misterioso e intangible era capaz de controlar a las máquinas y paralizarlas.

Ya estaban en la «zona prohibida».

Capítulo IV

AGUJERO DE LUZ

Allá, a sus espaldas, en algún punto de la región espacial no incluida en la misteriosamente denominada «zona prohibida», estalló un tercer proyectil, con gran aparato luminoso, abriéndose en gigantesca flor llameante por unos momentos. Pero ya no podía dar alcance a la nave de los fugitivos.

Esta tembló ahora ligeramente, sacudida por las ondas expansivas del disparo, pese a hallarse en el vacío, sin presencia de aire que pudiera provocar ese fenómeno.

—Evidentemente, las explosiones crean unas zonas radiactivas que golpean nuestro fuselaje como si fuesen ondas de aire —comentó Munro, pensativo—. Si tuviéramos en funcionamiento los sensores externos, sabríamos si existe algo que no sea solamente vacío en esta región… —dijo Proctor, examinando los circuitos de la computadora —. Está tan quieto todo aquí dentro como si lo hubieran machacado durante días enteros con una barra de hierro. No actúa ni un solo circuito. Y lo más extraño es que no hay forma humana de arreglarlo…

—¿Qué creen que ha podido provocar ese fenómeno? —se interesó Delta—. ¿Un posible campo magnético de gran potencia?

—No, es algo más complejo —rechazó Proctor Zen—. Recuerden lo que mencionó la máquina antes de silenciarse totalmente: «No me permiten avanzar más. Es algo que estoy obligado a cumplir.» Así no se expresa nunca una máquina.

—¿Cree que esa fuerza o lo que ello pueda ser… hizo *pensar* por sí misma a la computadora? —sugirió gravemente Kaar.

—Pudiera ser. O algo muy semejante. La máquina recogió una orden emanada desde alguna parte, y eso bastó para anular sus circuitos y contrarrestar su programación.

—Por el momento, sigo pensando que es preferible esta «zona prohibida» a enfrentarnos contra ese cazador de recompensas… —suspiró Delta, señalando al visor abierto poco antes—. Miren eso: la nave negra se ha detenido al borde de la «zona». No parece tener intención de penetrar. Y sus luces se han extinguido.

—Eso indica que sufre el mismo fenómeno que nosotros —sonrió

Kaar—, Ya no podrá disparar sus láser ni sus proyectiles nucleares. Está inutilizado por el momento. Y seguirá estándolo, sin duda, si se aventura tras de nosotros. Pero de todos modos, Delta, yo no me felicitaría tan pronto por nuestra buena fortuna. Acabamos de entrar en esta región. Puede suceder cualquier cosa, no lo olvide.

—Todo parece normal allá fuera... —objetó ella, algo temerosa.

—Por ahora, sí. Veremos lo que dura —manifestó Munro, preocupado, sin desviar su mirada del único punto de referencia que poseía con respecto al exterior: el panorama estelar visible a través del ventanal. Como decía Delta, todo se veía completamente normal en el espacio circundante.

Demasiado *normal*, a juicio del astronauta.

—Es inútil —masculló Zen, dándose por vencido en su examen de la computadora—. No le ocurre nada. Debería estar funcionando, en buena lógica. Pero no funciona. Esto no tiene sentido.

—Existen muchos misterios en el Cosmos que los hombres desconocemos —sentenció Kaar, con gesto sombrío—. Pueden existir lugares que sean moradas de dioses... o de demonios. Y mundos donde nada es como nosotros estamos acostumbrados a que sea. Tengo el presentimiento de que quien ha declarado «zona prohibida» a este paraje, tenía sus motivos para hacerlo.

—¡Mire, Munro! —exclamó en este momento Delta—. La nave negra... Nos sigue.

Todos miraron por el ventanal. Era cierto. Lenta pero inexorable, la enorme mole de la nave de negra y reluciente superficie se movía en pos de ellos, arriesgándose a penetrar en la «zona prohibida». La ausencia de luces y de fuego artillero, evidenciaba que estaban igualmente obligados a moverse mediante controles manuales,

—Si es un cazador de recompensas tan obstinado, era lógico que obrara así —dijo Kaar, frunciendo el ceño.

—¿Obstinado? —repitió Zen—. Es un ser odioso e implacable. Jamás renuncia a una tarea emprendida. Siempre caza a su hombre. Zidar tiene fama de ser el rastreador más hábil y duro de todos. Y también el más cruel e inhumano con sus presas.

—Entonces, confiemos en no caer en sus manos —suspiró Munro—. Creo que nuestra nave es más rápida que la de ellos. Pero, por contra, la suya es más poderosa y sólida. En un viaje a velocidad super

lumínica, ese hombre puede mantenerse más tiempo con igual ritmo de marcha. Lo cual significa que nos dará caza a la larga o a la corta, si no ocurre antes un milagro.

—Ya han ocurrido varios desde que planeé la fuga de la Torre —rió entre dientes Proctor—. ¿Por qué no puede haber otro más?

—Su fe me admira, amigo mío —confesó Munro sonriendo—. Acabará haciéndome creer, si ocurriera como usted dice, que llevamos realmente con nosotros a un ángel de la guarda o a un dios protector y amistoso.

—¿Por qué no? Después de todo, en una región como ésta, cualquier cosa parece posible…

Munro no contestó. Estaba demasiado preocupado ahora por lo que iba advirtiendo en el control de la nave.

Los mandos no le respondían. Algo estaba frenando la marcha de la nave inicialmente. Luego, de súbito, ese algo se convirtió en una especie de impulso irresistible hacia alguna parte.

—Estamos siendo atraídos por algo —dijo en voz alta, tras una indecisión.

—¿Qué? —exclamó Zen, estupefacto.

—No puedo controlar la nave —añadió, tenso, forcejeando con el timón manual—. No me obedece. Sigue una ruta que yo no le he fijado. Es… es como si nos estuviera absorbiendo un punto concreto.

—¿Un campo de fuerza acaso?

—Posiblemente sí. Es un poder de atracción muy fuerte. Vea, no puedo hacer nada por controlar el timón ni la velocidad. Nos arrastra hacia alguna parte desconocida. Y creo que también a nuestro enemigo mercenario…

Miraron Delta y Zen hacia el ventanal. Era cierto. La negra nave se movía a la misma velocidad, en idéntico rumbo, como pegada materialmente a la de ellos. La misma fuerza absorbente estaba atrayendo a ambos navíos espaciales a un mismo lugar en la enigmática «zona prohibida».

¿Qué o quién podía manejar esa fuerza inexorable? ¿Cuál era su destino?

Munro Kaar se hizo las dos preguntas, sin posibilidad de hallar

respuesta alguna.

* * *

El hombre de medio rostro inmóvil, negras ropas lustrosas y casquete de igual color adherido a su cráneo, contempló iracundo el cielo tachonado de astros que era visible por la abertura circular frontal, abierta en la proa de su poderosa nave intergaláctica, equipada ahora por el Mando Cósmico del Sistema Estelar Zerbo.

—¡Intentad reducir !a velocidad! —bramó—. ¡Frenad la marcha, cambiad de rumbo, maldita sea!

Dos de sus sicarios, sentados ante los mandos, rígidos e inexpresivos, movieron negativamente la cabeza al unísono.

—Negativo —dijo uno de ellos con fría voz metálica—, El control manual no obedece. Los computadores de a bordo siguen paralizados.

Zidar, el mercenario cazador de hombres, juró entre dientes con rabia. La mueca parcial de su boca se hizo más acentuada todavía. Paseó por el amplio cuarto de mando con las manos cruzadas a su espalda.

—¿Qué mil diablos puede ser lo que nos atrae? —farfulló.

—Respuesta negativa, señor —recitó otro de sus androides de humana apariencia, en realidad perfectas reproducciones en plástico, dotados todos ellos de mente mecánica y circuitos por órganos vitales —. Carecemos de información para contestar a la pregunta. Tal vez la computadora, cuando vuelva a funcionar...

—¡Cuando vuelva a funcionar! —rugió Zidar—. ¿Y si ya no funciona nunca, maldición? ¿Qué está pasando aquí?

—Respuesta negativa, señor —insistió la voz monocorde del androide.

—Robots, simplemente, ¡Condenados robots! —silabeó iracundo el mercenario, sin querer hacer más preguntas a sus leales subordinados —. Eso es sólo lo que sois, por muy perfectos que resultéis a la hora de matar...

Comprobó que la nave fugitiva se movía delante de ellos, a la misma velocidad y siguiendo idéntico rumbo que el perseguidor. Eso quería decir, obviamente, que la misma fuerza de atracción succionaba a ambos vehículos del espacio. Y que les arrastraba hacia

el mismo punto.

—No debí arriesgarme a entrar aquí, después de lo que advirtió la computadora antes de silenciarse —se dijo a sí mismo Zidar—. No era prudente. Claro que, de otro modo, hubiera perdido definitivamente a mi presa…

Contempló de nuevo la nave de los evadidos, tan próxima a él ahora, y sin embargo tan lejos de su alcance, por culpa de aquella desconocida energía que les atraía hacia un punto magnético desconocido. Luego, centró su mirada en un determinado lugar, allá en la distancia, entre el resplandor de nebulosas, galaxias y cúmulos de estrellas.

—No… ¡No es posible! —murmuró con estupor, clavando sus ojos en aquel punto—. Debo de estar soñando, no hay duda… No puedo estar viendo algo así…

Iban derechos hacia «aquello». Perseguidos y perseguidores, como presos en una vorágine inexplicable y fantástica. Y esa vorágine les arrastraba, les conducía sin remedio a lo que Zindar, el mercenario, había descubierto en pleno Cosmos, bajo el resplandeciente fulgor de millones de mundos, soles y galaxias.

Pero era bien cierto lo que estaba viendo Zindar allí al fondo del negro espacio, destacando como una puerta fantasmagórica, abierta a lo desconocido, a un más allá ignorado, a un hiperuniverso quizás, a un espacio que el Hombre jamás había visitado antes…

Era como un «agujero negro», una de esas terribles simas abiertas en el Cosmos, hacia las que irresistiblemente son atraídos los cuerpos celestes, que desaparecen para siempre en ese terrorífico, ingente campo gravitacional de potencia sin límites.

Pero un «agujero negro»… ¡con luz radiante, cegadora, más allá de sus oscuros y enigmáticos bordes! Un cráter luminoso e increíble hacia el que se precipitaban ahora ambas naves a velocidad de vértigo.

Una muerte en otro Universo… o simplemente el tránsito desde un concepto dimensional a otro, desde el cielo conocido a otro que nadie había visto jamás. Un cielo o, posiblemente… un infierno.

* * *

— ¡Un «agujero negro»… pero luminoso! —murmuró Kaar, sin dar crédito a sus ojos—. Nunca vi nada parecido, ni oí hablar de ello a nadie, Zen.

—Dios nos asista. Es como un boquete en el cielo… pero en vez de oscuro, radiante y cegador en la luz que emite desde el «otro lado» de su cráter.

—Eso no tiene sentido, científicamente hablando —musitó Delta, ensimismada, recibiendo en sus bellos ojos violeta el resplandor casi mágico de aquel orificio abierto hacia lo desconocido—. Todo el mundo sabe que la luz no puede escapar al resto del Universo a través de un «agujero negro», por la sencilla razón de que la estrella que genera ese fenómeno posee una gravedad tan inmensamente grande que todo queda absorbido por ella, y forma una mancha negra en el espacio…

—Ya dije antes que el Hombre no conoce todo sobre la Creación, Delta —suspiró lentamente Munro—. Puede que estemos ante otra dimensión, ante un concepto distinto de las cosas, que escapa a nuestro entendimiento. Lo único cierto y real es que somos atraídos por esa abertura luminosa en el negro vacío, como podríamos serlo por uno de esos «agujeros negros». Sólo que vamos a caer en un mar de luz, en una vorágine resplandeciente que parece la puerta misma del Cielo…

—¿Estará Dios detrás de esa puerta? —se estremeció Proctor Zen, contemplando como hipnotizado la sima de luz hacia donde se despeñaban ya irremisiblemente, seguidos por la negra nave intergaláctica del mercenario Zidar.

También Munro Kaar se estremeció ante esa fabulosa posibilidad. Miró a sus dos compañeros de viaje interestelar y manifestó, encogiéndose de hombros:

—No lo sé. Pero sea lo que sea… presiento que vamos a penetrar en algo que nunca pudimos imaginar… y que nadie ha visto hasta ahora.

—La velocidad de caída aumenta… —jadeó Zen consultando los indicadores automáticos, de funcionamiento independiente de la computadora central—. ¿Soportará el fuselaje esta fricción?

—Seguramente, sí. Estamos rozando partículas sólidas, posiblemente fragmentos de antiguos astros o polvo cósmico, no sé. Pero es de suponer que la materia de que está fabricada esta nave soporte eso sin problemas. Lo que no sabemos es si podremos resistir la entrada en ese agujero luminoso…

La aceleración aumentó más y más por momentos, un resplandor deslumbrante penetró en la cabina, cegándoles, y por fin, como un diminuto guijarro, la nave de los evadidos de Zerbo se desplomó en la

absorbente sima de luz con un sonido sibilante. Ondas de colores centelleantes y cegadores hirieron sus retinas y llegaron a su cerebro en forma de ondas luminosas obsesivas.

Aturdidos, sintiéndose envueltos en aquella radiante cascada de luz, rodaron por la cabina, golpeándose contra los muros, notando que perdían la noción de todo, que se hundían en una suave inconsciencia que iba borrando de su cerebro toda idea, sensación o sentimiento.

Así, a la luz resplandeciente, siguió una oscuridad total, absoluta.

* * *

Era el despertar.

No estaban muertos, después de todo, pensó Munro Kaar, al tener noción exacta de su presencia física, de la existencia todavía sólida de su cuerpo, de su persona, al margen de sus sensaciones emotivas al abrir los ojos.

—No podemos haber llegado hasta Dios —musitó, tratando de recobrar del todo la noción de las cosas—. Este no puede ser ese Cielo de que se habla en sentido metafisico. Pero si no es así... ¿dónde estamos ahora?

Porque lo que era evidente es que los tres seguían unidos. Y de que continuaban dentro de su nave, tendidos por el suelo de la cabina, en diversas posiciones, tal como habían caído al penetrar tan brutalmente en el fantástico agujero luminoso.

Allí estaba Delta Galia, junto a él, moviendo su cabeza con lentitud, tratando de recuperarse. Y algo más allá, Proctor Zen, tocándose la cabeza y el cuerpo, no sabía si por haber sufrido algún golpe doloroso, o para estar seguro de que realmente no era un ser inmaterial, un espíritu incorpóreo en la morada de lo eterno.

—Que me hagan pedazos si entiendo algo —le oyó mascullar—. Sigo estando vivo y no he sufrido daño... Delta, usted también está sana y salva... Y usted, Munro, amigo mío...

—Eso parece —asintió Kaar, sentándose en el suelo de la cabina, que aparecía inclinada en violento escorzo, como si hubiesen caído con la nave en algún lugar, en posición nada ortodoxa por cierto—. Voy a ver si es posible vislumbrar algo de afuera...

Caminó dificultosamente por el suelo inclinado, aproximándose a la ventana oval, abierta al exterior. Había sufrido roces en el vidrio

blindado externo, pero nada más. Todavía seguían con la nave intacta, al parecer.

Lanzó una exclamación de sorpresa.

—Eh, vean esto —pidió—. Hemos caído en un terreno firme, sea donde sea. Y observen esa luz, ese cielo... Fantástico, ¿no?

Delta y Proctor se aproximaron a él y a la ventana. Miraron al exterior, mostrando su asombro por lo que veían.

—Eh, Munro, esto parecen los jardines mismos del Edén... —comentó Proctor Zen, maravillado—. Es increíble... Y esa luz, esos colores...

Kaar asintió. Nunca había visto nada tan hermoso en ninguno de los planetas del Núcleo Tritón. Ni las imágenes que viera en repetidas ocasiones en las filmotecas y videotecas de su mundo, referentes a los viejos tiempos en que existía el planeta Tierra, su punto de origen remoto, le habían mostrado jamás un vergel tan sublime.

Como decía Zen, era un verdadero paraíso. Flores, vegetación exuberante por doquier, una arboleda esbelta y colorista, plantas de belleza portentosa, policromía delirante, esplendor floral de riqueza de matices inconmensurable, constituían el paisaje más bello y mágico que jamás presenciaran todos ellos en su existencia.

Por si todo ello fuera poco, como bóveda de aquel paraje de ensueño, un cielo de franjas irisadas, donde los colores menos imaginables jugaban en un caos armonioso de tonalidades y matices, resplandecía con una luz radiante, sobrenatural casi, que hacía parpadear, si no deslumbrado, sí maravillado de que un lugar así pudiera existir en alguna parte del Universo.

—Si no es realmente el cielo, Munro, se le parece bastante —comentó Delta, fascinada ante tanta maravilla de la Naturaleza—. ¿Dónde podemos estar?

—No sé. Lo que es evidente es que, sea el lugar que sea donde hemos caído, es el fin de nuestro viaje, al menos por el momento.

—¿Qué habrá sido de nuestro perseguidor? —Zen buscó con la mirada por todos los puntos visibles del vergel en que se hallaban—. No veo ni rastro de él...

—Tanto mejor. Es posible que hayan caído en otra zona de este mundo en que nos hallamos, no sé... Ahora lo importante es comprobar si ahí fuera hay aire respirable, aunque imagino que con

esa vegetación no puede ser de otro modo...

— ¡Mirad! —señaló Delta—, Creo que podemos comprobar eso sin salir de aquí.

—¡Cielos, no! —se asombró Kaar—. La computadora... Eso significa que estamos fuera de la «zona prohibida»... o metidos en ella hasta el cuello de tal modo, que ya poco le importa a la dichosa máquina funcionar de nuevo.

—Eso es bueno por un lado, pero no por otro —señaló Zen, arrugando el ceño—. Sí le ocurre igual a nuestro perseguidor, podría suceder que nos atacase con su artillería pesada...

—Ya he pensado en ello —Munro se encogió de hombros—, Es un riesgo que no podemos evitar. Veamos los indicadores de clima exterior... Temperatura, veinte grados centígrados. Humedad, setenta por ciento. Aire totalmente respirable para el ser humano... Creo que ha llegado el momento de salir de aquí.

—¿Y arriesgarnos a que nos encuentren nuestros perseguidores?

—Nos encontrarán lo mismo aquí dentro. Es mejor explorar el terreno y saber lo que nos espera realmente —murmuró Munro decidido—. ¿Salimos los tres o se queda alguien en la nave, por si acaso?

—Creo que, como usted dice, Munro, el peligro es igual fuera que dentro, en lo referente a esa gente de la nave negra. En cuanto a este lugar... veremos lo que nos reserva. Sí, vamos todos. Salgamos al exterior...

Tomaron sus armas y se encaminaron a la puerta de salida de la nave. Munro pulsó el resorte de apertura de la escotilla principal. Al deslizarse ésta suavemente, un vaho de aire fresco y aromático hirió su olfato. Era como sentirse rodeado de millones de flores silvestres que rezumasen dulce olor. El aire, cristalino y puro, llenó sus pulmones, vitalizándolos.

Luego, los tres fugitivos del Sistema Estelar, pisaron un suelo desconocido, en un mundo desconocido y, quizás, en un Universo también desconocido...

Capítulo V

ROSAS DE ORO

Estupefacto, el cazador de hombres Zidar se detuvo en la puerta de su negra nave, contemplando el exterior.

—No puedo creerlo —jadeó, torciendo la mitad movible de su rostro —. ¿Qué extraña tierra es ésta?

Empuñaba un arma sofisticada, tan capaz de aniquilar a un ser humano como de desintegrar cualquier metal en breves instantes, o incendiar el punto donde concentrase el rayo térmico de su disparo. Pero no parecía existir el menor motivo para utilizarle. A su alrededor, todo era apacible, callado y sereno, como podía haberlo sido el propio Paraíso, en el momento de la Creación. Ningún enemigo a la vista, ningún elemento agresivo. Sin embargo, los ojos de Zidar, astutos y fríos, lo escudriñaban todo en busca de algún vago indicio inquietante.

—Quedaos aquí vosotros —ordenó a sus androides asesinos, sentados rígidamente en sus asientos del interior de la nave mercenaria—. Yo investigaré el exterior. Si veis algo amenazador, no vaciléis en utilizar la artillería. Os avisaré por micro-emisor si os necesito.

Los androides se limitaron a mover sus heladas cabezas plásticas, imitando carne humana, tras cuya materia gomosa se hacinaban los cables, circuitos y programaciones que hacían de ellos copias casi perfectas de los seres humanos. Con la ventaja, para el feroz Zidar, de que ellos jamás preguntaban, jamás discutían una orden, nunca se rebelaban contra su amo y señor.

Zidar pisó el terreno que le rodeaba. Esponjoso, húmedo, suave. Sus botas no produjeron ruido alguno al hollar aquella espesura de apariencia virgen. La siniestra figura enlutada se movió, por entre la hojarasca y las flores multicolores, como una sombra maldita en medio de un vergel paradisíaco.

Paso a paso, avanzó el mercenario por entre la jungla florida y aromática, bañado en aquella luz dorada, de policromados matices cambiantes, igual que si aquel mundo de fantasía se hallara construido en el mismo corazón de un radiante arco iris de inimaginables colores.

No advirtió la presencia de aves o criaturas vivientes de ningún tipo. Sin embargo, el aire cristalino era fresco y suave, la temperatura

ideal y el grado de humedad perfecto. Se diría que aquél era un mundo hecho a propósito para el ser humano, un nuevo planeta donde sobrevivir la especie sin problemas de ningún género. Pero Zidar era desconfiado por naturaleza y no se fiaba de tan óptimas apariencias. Su instinto le decía que allí había algo más que no lograba entender, y que no era tan apacible ni tan acogedor como parecía. Tal vez por eso estaba en guardia, sus nervios tensos, sus sentidos muy alerta.

Se detuvo ante un macizo de flores de increíble belleza, que había logrado sorprenderle. Rozó con sus dedos enguantados la hojarasca violeta, enmarcando unas rosas de asombroso color, mezcla de ámbar y oro, tornasoladas y esplendorosas.

—Rosas doradas… —susurró, estupefacto—. Nunca las vi tan bellas en parte alguna.

Como las rosas de Zerbo, poseían espinos. Como siempre habían sido las rosas de todos los mundos habitados por el hombre. Pero estas espinas eran aún más largas y agudas, como si estuvieran hechas de metal. Se pinchó en el dedo pulgar, a través del negro cuero de sus guantes de superficie metalizada. Lanzó una imprecación. Una gotita de sangre asomó por el diminuto orificio. Se la enjugó en su negro uniforme de piel.

—Todo lo hermoso encierra algo hostil —reflexionó, irritado, separándose del macizo de dorados rosales para reanudar su camino —. Veamos si hay en este lugar alguna otra cosa más agresiva que una simple flor…

Pero no parecía fácil hallar signos de otra clase de vida que no fuese la puramente vegetal. Aunque escudriñaba el suelo a su paso, no advirtió ni siquiera la presencia de orugas, insectos o cualquier otra forma de existencia animal. Y eso empezaba a preocuparle.

Se detuvo bruscamente cuando una enorme masa de lianas colgantes de altísimos árboles formó ante él una especie de muralla vegetal densa e impenetrable. Sus ojos se entornaron El de su lado paralizado, era más vidrioso y circular que el otro, realzando la diferencia siniestra entre las dos facciones de su cara maligna y lívida.

—Vaya, ¿qué es esto? —farfulló malhumorado—. Este vergel parece tener sus límites…

Trató de abrirse paso en la espesura, pero era imposible. Aquellas lianas eran resistentes, como cables de acero, y se contaban por millares, formando una especie de cortina o red natural, tan tupida que no se veía nada al lado opuesto.

Zidar tomó una rápida decisión. Alzó su arma y disparó. Lo hizo utilizando el rayo desintegrador de materia, por dos veces.

La pared de lianas y vegetación pareció derretirse en dos puntos, goteando hacia el suelo, envuelta en vapor, y dos boquetes se abrieron en la muralla vegetal. Zidar se aproximó, asomándose al lado opuesto, curiosamente, con el dedo apoyado en el resorte de disparo de su arma.

Lo que vio al otro lado del muro de vegetación le causó tanto asombro, que lanzó una exclamación y se echó atrás, desorientado.

—Diablos, ¿qué es eso? —masculló, perplejo, ante una visión tan diferente a cuanto hasta entonces había podido contemplar en aquel desconocido mundo.

Después, penetró a través de uno de los boquetes abiertos en la espesura.

En ningún momento advirtió que de las lianas desintegradas por su arma, goteaba ahora algo parecido a la sangre, pero de color púrpura…

Y que un vago gemido fantasmal escapaba de las plantas destruidas.

* * *

Munro, Proctor y Delta se detuvieron, cambiando una mirada entre sí.

Estaban realmente maravillados de cuanto presenciaban. A su alrededor, todo aquel mundo parecía un estallido luminoso de colores, de matices, de vegetación frondosa, de floresta y de arboledas.

—Nunca vi nada parecido —confesó Delta—. Rosas de oro, árboles azules, plateada hojarasca, tierra que parece polvo de estrellas… Es increíble.

—Increíble. Esa es la palabra —admitió Proctor Zen—. Pero, ¿dónde estamos realmente?

—Me temo que estas plantas maravillosas no van a decírnoslo —sonrió Munro, pensativo—. Habrá que buscar más, explorar más lejos, si queremos llegar a alguna conclusión. Lo que es obvio es que nos hallamos al «otro lado» del Universo que conocemos, que ese «agujero de luz» que nos absorbió es como un «agujero negro», pero a la inversa. Posiblemente estemos en un mundo donde las cosas no son

como han sido hasta siempre en ese «otro» Universo que nosotros habitamos.

—¿No será arriesgado ir más lejos? —sugirió temerosamente Proctor.

—Evidentemente, estamos corriendo un riesgo desde que escapamos de Zerbo, como lo hemos corrido al burlar a las naves del Supremo Orden, como al huir de ese mercenario o al entrar en la región prohibida o al ser engullidos por ese agujero en el espacio. No es nada nuevo para nosotros arriesgarnos a morir, pero la propia vida tiene un precio, como lo tiene la libertad. Y ese precio es el que debemos pagar, nos guste o no. Pensad que Zidar está en alguna parte de este mismo planeta maravilloso, deseando dar con nosotros para capturarnos o exterminarnos. Y ése si que es un riesgo cierto y comprobado, amigos míos.

—Tienes razón, Munro —dijo Proctor, cuyo trato con sus compañeros, como el de ellos mismos, se había ido familiarizando por su aventura en común, que estrechaba aquella amistad circunstancial entre personas que ni se conocían antes de ese momento—. Sigamos. Olvida lo que dije.

Los tres iniciaron de nuevo la marcha a través del paradisíaco jardín cósmico en que se hallaban.

Y, como le ocurriera anteriormente a Zidar en otro punto de aquel vergel, súbitamente, un muro de lianas y densos vegetales colgados de elevadísimos árboles, formó ante ellos una inaccesible muralla que cerraba el camino.

Esta debía de ser otra zona del mismo vergel, porque en su superficie no había la menor huella de violencia, ni nadie había desintegrado punto alguno de la pared de vegetación. Ver al otro lado, era totalmente imposible.

Se detuvieron los viajeros del espacio y volvieron a mirarse, perplejos. Munro sacudió la cabeza.

—Parece que el paseo ha terminado —dijo brevemente.

—¿No habrá modo de salvar esa muralla? —sugirió Proctor.

—No creo que fuese prudente —señaló Munro—. Si este jardín tiene sus límites, será por algo... Tal vez esté prohibido ver más allá de este lugar.

—Yo no veo ningún letrero que nos advierta de eso —bromeó Zen.

—No creo que quienes levantaron este vergel sepan escribir en nuestra lengua —juzgó Delta, pensativa, acercándose a tocar la vegetación con sus suaves manos, cautelosamente.

Eludió tocar los tallos de un macizo de rosas doradas, porque ya había advertido antes lo agudo y duro de sus espinos, al ser rozado su traje espacial por uno de ellos, que desgarró ligeramente la superficie del mismo, aunque sin profundizar. Apoyó las manos dulcemente en las lianas que colgaban frondosas.

—Mirad —musitó, sobresaltándose y dando un paso atrás—. Se mueven las lianas a mi contacto...

Era cierto. Como si una ligera brisa las agitase, brisa que ninguno de los viajeros percibía en su piel, las lianas se agitaban suavemente, serpenteando y abriéndose entre sí. Fue posible, de ese modo, ver más allá de aquel muro.

—Creo que se puede pasar ahora —señaló Proctor, arrugando el ceño.

—Yo también lo pienso —admitió Munro—. Las lianas parecen haberse separado al contacto de Delta, dejando huecos por los que pasa un ser humano. Vamos, amigos. Creo que es como una invitación a avanzar.

—O a morir —apuntó lúgubremente Proctor.

—Sea lo que Dios quiera —dijo Munro—. Hay que intentarlo.

Pasaron. Las lianas eran como fibras de una cortina ligera. Pero apenas se hallaron al otro lado, volvieron a cerrarse, herméticas, como un tejido que volviera a coserse de forma inapelable. Los tres se volvieron y miraron, perplejos y desconcertados, aquella extraña mutación vegetal,

—Hemos pasado... y ese muro se volvió a cerrar —dijo Proctor.

—Sí —afirmó Kaar—. Es... como si esas plantas hubieran *querido* dejarnos paso.

—O como si alguien se lo hubiera ordenado —señaló Delta, pensativa, mirándose las manos que habían rozado aquellas plantas.

Las palmas de sus manos estaban totalmente teñidas de color oro. Era como haberlas bañado en purpurina, Pero, por más que frotó, no le fue posible limpiarlas.

—Mirad eso —dijo roncamente la voz de Proctor Zen—, Es increíble, amigos...

Se volvieron todos a mirar hacia donde señalaba ahora Zen, en el nuevo paraje donde el jardín había dado paso. No podía haber paisaje menos parecido a aquel vergel paradisíaco que el que ahora se ofrecía a su vista. Era como haber pasado de un mundo a otro. De un ensueño, a una pesadilla.

—Pero, ¿qué es eso? —musitó Delta, demudada.

—Tiene todas las trazas de ser un mundo muerto —jadeó Munro, con el gesto tenso y el dedo crispado en el resorte de disparo de su arma—. O lo que queda de lo que alguna vez fue una civilización superior...

* * *

Y así era.

Sólo a una civilización superior y extraña podía pertenecer aquello que contemplaban los tres evadidos de! poder tiránico de Ilvo Dankov y su sistema.

En una planicie inmensa, cuyo suelo liso, plano, aparecía formado por enormes losas de piedra negra, se alzaban las ruinas de lo que, alguna vez, fue sin duda un mítico palacio, digno de dioses y no de hombres.

Sus dimensiones eran colosales, ciclópeas. Gigantescos torreones de arquitectura fantástica, aparecían a medio derruir o decapitados, mientras altísimos muros de una negra piedra pulida como el basalto, permanecían aún de pie, si bien abatidos en algunos puntos. No había allí otra luz que la del cielo, cambiante y multicolor, pero que empezaba a oscurecerse en la distancia, con densas sombras de nubarrones. No se veía alguna. Pero en el recinto pétreo y titánico, no crecía ni un solo tallo de hierba silvestre, ni una brizna de vegetación, como ocurre siempre en las viejas ruinas y lugares deshabitados. Allí, por contraste con el edén dejado atrás, no crecía el más leve vestigio de vida vegetal. Ni parecía existir tampoco ninguna otra forma de vida. El silencio en todo el ámbito era impresionante, demoledor.

—Parece un castillo de gigantes, Munro —opinó Proctor.

—Acaso lo fue. Una raza de gigantes pudo poblar este mundo alguna vez.

—¿Sugieres... que ya no hay vida inteligente aquí?

—No sugiero nada. No sabemos absolutamente nada. Pero ya que hemos llegado hasta aquí, veamos esas ruinas y tal vez lleguemos a descubrir algo sobre todo esto.

Se movieron a través de ia enorme planicie negra, en la que parecían pigmeos o insectos, dadas las dimensiones de cuanto les rodeaba. Les costó un tiempo llegar ante los altísimos muros e ingentes torreones negros. Alzaron sus ojos al cielo, cada vez más nuboso y negruzco, como si las tinieblas de una noche ignota para ellos empezaran a dispersarse sobre el planeta.

—Es impresionante —musitó Munro—. Qué tamaño, qué colosal arquitectura... Los que edificaron esto, forzosamente tenían que ser titanes... o dioses.

—¿Pueden los dioses extinguirse? —dudó Delta.

Munro no contestó a eso. Se adelantó, resueltamente, y los dos compañeros le siguieron. Un ingente portón se abría en la muralla negra, como invitándoles a pasar. Más allá de esa puerta, sólo eran visibles las penumbras crecientes de la oscuridad, adueñándose con rapidez de las ruinas.

—Hay una inscripción en la piedra, sobre el arco de la entrada —señaló Proctor.

Munro dirigió sus ojos hacia ese punto. La luz era ya muy escasa. Utilizó la lámpara de emergencia que formaba parte de sus equipos de navegación espacial. El rayo de claridad se paseó sobre la piedra negra, sobre el arco del portón. Era cierto. Extraños caracteres habían sido tallados en aquel punto, formando una leyenda.

Pero ninguno de ellos podía entender aquellos signos que recordaban remotamente la escritura de la raza árabe, perdida en la noche de los tiempos de la especie humana que huyera de la Tierra en vísperas del gran cataclismo.

—Una lengua desconocida —murmuró Munro—. Sólo Dios sabe quién la utilizó alguna vez aquí... Este lugar puede tener siglos de vejez. O milenios.

—¿Y todas las plantas del jardín? —dudó Delta—. ¿Crees que son silvestres, que nadie las cuida o cultiva?

—No lo sabemos, Delta. Es posible que sea así y no necesiten ninguna mano para conservarlas.

—No tenían el aspecto de crecer espontáneamente —dudó Proctor.

—Tampoco tenían las dimensiones de esta otra zona. Es como si el jardín y estas ruinas perteneciesen a gentes diferentes, de muy distinto tamaño.

—Eso es verdad —tuvo que admitir Zen, siguiendo a su amigo al interior del misterioso y ciclópeo castillo.

Se hallaron en un amplísimo patio circular, rodeado por las murallas y torreones medio ruinosos. Dentro del recinto era tal el silencio, que el eco de sus pisadas sobre las tersas losas gigantes, despertaron un redoble constante de ecos, que fueron rebotando de muro en muro, hasta parecer producidos por una legión de intrusos. Los tres miraron en derredor, amedrentados por aquel juego acústico.

—Qué extraño lugar... —musitó Delta, estremecida, aferrando instintivamente el brazo de Munro—. Empiezo a sentir miedo... y no sé de qué.

Kaar la miró sorprendido. Sonrió, apretando la mano que oprimía su brazo.

—No temas —la alentó—. Esto parece desierto y sin vida, Delta.

Zen no pasó por alto lo ocurrido. Frunció el ceño, mirando de soslayo a la pareja, pero no dijo nada y continuó la marcha junto a ellos. Los ojos de los tres viajeros exploraban cada rincón, cada punto de aquel paraje misterioso, en busca de algo que les pusiera en claro tanto enigma.

—Mirad —dijo en un determinado momento Munro—, Una escalera...

Los tres clavaron allí sus ojos. Los peldaños negros, enormes, nacían de una plataforma situada al fondo del gran patio. Y se hundían en el suelo, en la más profunda y enigmática de las sombras.

—¿Adónde conducirá? —preguntó Proctor, receloso.

—Tal vez a los infiernos —bromeó Munro—. O a la solución del enigma. ¿Bajamos?

—Cada peldaño es más alto que uno de nosotros —señaló Delta—. Habrá que saltar...

—Saltaremos. Quizás estemos cerca de la solución del misterio y sepamos al fin dónde nos hallamos...

Alcanzaron la escalera. Comenzaron su descenso. Era como si un pequeño escarabajo iniciase el descenso de una escalinata majestuosa en un gran palacio. El tamaño de ellos, en comparación con esos peldaños negros, era aproximadamente el mismo que el del insecto.

Saltar de plataforma en plataforma no era tarea cómoda, pero Proctor puso una nota preocupante en la exploración, cuando estuvieron a medio camino de la oscura sima.

—¿Cómo lo haremos para subir? Escalar cada peldaño no será tan fácil como bajarlos. No hay ni siquiera ranuras donde apoyarse...

Delta y Munro se miraron en silencio. La lámpara de emergencia de Kaar era la única luz que utilizaban. Para ahorrar energía en sus baterías, se había acordado utilizarlas de una en una, mientras durase la excursión a las sombras.

—Es cierto —admitió Kaar—. Pero ya encontraremos el medio, Proctor. Ya no podemos volvernos atrás.

Llegaron al último escalón. Lo salvaron. La luz de Munro era un rayo demasiado débil para recorrer toda la amplitud de aquel subterráneo ciclópeo. Tuvieron que encender las tres lámparas a la vez en esta ocasión, y proyectar su claridad en torno.

Nuevas exclamaciones de asombro surgieron de sus gargantas.

Se hallaban en una especie de enorme cripta, flanqueada por las gigantescas estatuas de unos seres humanos, hombres y mujeres, tallados en negra piedra, sobre pedestales con inscripciones semejantes a la de la entrada. Todos ellos lucían túnicas sencillas, y las esculturas, si respondían al tamaño real de los originales, pertenecían a seres que fueron gigantes. Ninguno de ellos mediría menos de quince pies de altura (1[1]), ni tan siquiera las mujeres.

—Dios mío, qué impresionante, qué majestuoso... —jadeó Proctor, anonadado—. Realmente, fueron gigantes... Esto tiene todas las trazas de ser un mausoleo a su memoria, Munro.

—Pienso igual. Las tallas están cubiertas de fino pero denso polvo. El tiempo ha mordido algunas de sus partes, mellando la piedra. Pero no hay duda: eran hermosos y arrogantes. Parecían más dioses que hombres y mujeres...

—¡Mirad allí! —señaló Delta, dirigiendo su brazo al fondo del vasto recinto destinado a aquella docena larga de estatuas titánicas—. Hay algo...

Munro corrió en la dirección señalada. Ciertamente, había algo. Algo que desentonaba ligeramente con el carácter arcaico de aquellas estatuas y del templo de extraña arquitectura. Era una gran pantalla en el muro. Una pantalla de extraña materia plateada. Y debajo de ella, unos mandos. Una especie de panel de negra piedra, sobre un estrado del mismo material. En el panel, botones cristalinos y fosforescentes, de forma poliédrica.

Munro los miró fascinado. Dirigió sus ojos a la plateada pantalla. Luego, instintivamente, apoyó sus manos en aquellos mandos cuyo tamaño no encajaba en absoluto con el de los titánicos seres esculpidos en la piedra, ni con las dimensiones del propio castillo.

Ocurrió algo asombroso.

La pantalla se iluminó de súbito, con una diáfana luz resplandeciente, y la figura venerable de un hombre con cabellos blancos muy largos, sonrisa afable y profundos y taladrantes ojos irisados, apareció en la proyección, en relieve.

Parecía mirar directamente a Munro desde el espacio tridimensional de la imagen.

Y simultáneamente, una voz poderosa, atronadora, pero llena de dulzura, invadió el recinto con tonos majestuosos:

—Bien venidos a Eternia, extranjeros. Bien venidos, en nombre de los Inmortales…

En ese preciso instante, fuera sonó un estampido, y un ramalazo de luz hirió la piedra negra, junto a una estatua, no lejos de Delta y de Proctor, que saltaron vivamente, ocultándose tras la estatua en cuya base estallara el inesperado proyectil. Una llamarada se elevó del punto donde tuvo lugar el impacto.

Delta gritó, mientras Proctor Zen anunciaba con voz potente;

—¡Cuidado, Munro! ¡Es ese mercenario, Zidar, el cazador de recompensas! ¡Está ahí fuera, en la escalera, y nos ha descubierto!

Capítulo VI

—¡No tienen escapatoria! —avisó la fría voz del mercenario—. Entréguense los tres. No pienso causarles daño alguno. Sólo serán reintegrados, sanos y salvos, al lugar de donde proceden.

—Por supuesto —silabeó Munro, torciendo el gesto—. Y allí nos someterán a torturas atroces, en castigo a nuestra evasión. ¿Qué respondemos, Proctor?

—¿Y lo preguntas? —rió sordamente Zen—. No nos entregaremos nunca, Munro. Estoy decidido a morir antes que volver a la celda.

Proctor miró a Delta, que se apresuró a asentir, Kaar, parapetado como ellos tras la pétrea solidez de la negra estatua gigante, respondió con voz potente al mercenario cazador de recompensas:

—La respuesta es negativa. No nos entregamos,

—¡Están locos! —bramó Zidar—. Les puedo destruir fácilmente.

—Será mejor que volver cautivos al Sistema Estelar. No nos cogerá vivos, se lo aseguro.

—No tienen ninguna posibilidad —insistió el enlutado—. Están en un callejón sin salida. Mi arma es mucho más poderosa que la suya. Y tengo a mis androides asesinos. Acudirán aquí en cuanto les llame. Nada ni nadie puede detenerles cuando se les ordena matar. Piénsenlo bien antes de decidirse y no cometan errores irreparables.

—Ya lo hemos pensado bien. Es nuestra última respuesta.

—De acuerdo —masculló Zidar, furioso—. Ustedes lo han querido.

Se inclinó, disparando otra granada explosiva contra la base de la estatua. Fragmentos de negra piedra saltaron por los aires, mientras una llamarada violenta se alzaba junto a los parapetados fugitivos. La estatua gigante tembló ligeramente.

La réplica de Munro no fue demasiado contundente. Su arma sólo causó unos rasguños en la sólida piedra que protegía a su adversario, y el estampido fue también mucho menor. Zidar había tenido razón. Su armamento era infinitamente más poderoso.

El mercenario presionó un resorte de su micro-emisor situado en su muñeca. Habló con firmeza:

—Androides. Habla Zidar, vuestro jefe. Venid inmediatamente adonde emito las señales de situación.

Después, pulsó otro botón del mecanismo, cerrando la conexión, pero poniendo en marcha el emisor de señales ultrasónicas que, llegando a los cerebros artificiales de sus androides, moverían a estos asesinos en la dirección señalada, hasta que se reunieran con él. No había posibilidad de desorientación posible. Los autómatas acudirían al lugar preciso sin el menor error.

Munro y sus amigos cambiaron una mirada, mientras permanecían a cubierto en su improvisado parapeto. La preocupación asomaba a los rostros de los tres amigos.

—Androides asesinos… —repetía Proctor entre dientes—. Ese cerdo dice la verdad, Zidar es famoso por su pequeño ejército de criminales autómatas, que se limitan a cumplir lo que él les ordena. Forman una tripulación totalmente fiel, que sólo obedece a su jefe de un modo ciego y absoluto.

—Tendríamos que salir de aquí antes de que llegaran esos horribles seres —indicó Delta, alarmada.

—No será fácil —negó Munro, sombrío—. Lleva armas muy poderosas. Si sigue disparando contra nosotros, es posible incluso que logre abatir esta estatua y dejarnos al descubierto. Su arma dispara granadas explosivas de gran potencia. Y es de las que pueden también lanzar cargas corrosivas muy poderosas y rayos térmicos disolventes.

—¿De modo que estamos acorralados…?

—Así es, Delta… —los ojos de Munro se volvieron hacia la pantalla plateada donde apareciera antes la inesperada imagen del hombre de pelo blanco—. Y, por lo que veo, esa pantalla ha dejado de emitir apenas asomó ese mercenario…

—Es cierto —parpadeó Proctor Zen, sorprendido—. ¿Por qué ocurrió eso?

—Sé tanto como tú. Evidentemente, eso es una especie de sistema electrónico de conservación de imagen. Algo así como un vídeo tridimensional. Lo que ignoro es si la imagen que surgió para saludarnos era la de un ser vivo o muerto. Un mensaje actual o tan sólo una vieja grabación archivada.

—Pero ese hombre habló en nuestra lengua, Munro.

—Ya lo advertí. Es un completo misterio. Tal vez tú, que entiendes más de mecanismos electrónicos, puedas averiguar la causa de que aparezca esa imagen y hable así… y también de que, bruscamente, haya dejado de emitirse al empezar el ataque del mercenario.

Ceñudo, Proctor estudió a distancia aquella pantalla sin imagen y sus extraños mandos poliédricos de material semejante al vidrio o al propio diamante, aunque más azulado.

—Me pareció oír que nos daba la bienvenida ese anciano, en nombre de… en nombre de Los Inmortales.

—Sí —afirmó Kaar—. Mencionó a alguien a quienes llamó «Los Inmortales», Nunca oí hablar de ellos.

—Yo sí —dijo inesperadamente Proctor, frotándose el mentón.

—¿Tú? —se extrañó Munro—. ¿Dónde?

—En Zerbo, aunque te parezca extraño.

—¿En Zerbo? Pero si estamos posiblemente en otro Universo, Proctor…

—Aun así. Fue trabajando en el Centro Cibernético del Estado, mucho antes de rebelarme contra el Supremo Orden y ser condenado a prisión perpetua en la Torre Celular. Trabajábamos entonces en equipo en una experiencia dirigida por el profesor Vardin, que más tarde sería igualmente depurado como disidente del sistema. Era un trabajo apasionante.

—¿Qué clase de trabajo?

—Estudiábamos los orígenes del Universo. El profesor había logrado enviar una sonda espacial microscópica pero de gran potencia emisora a los confines mismos del Universo conocido. La sonda se perdió inesperadamente en un punto que nosotros definimos en las computadoras como el Cuadrante U-6000, o Cuadrante X, dada su naturaleza desconocida, no definida por las computadoras.

—Cuadrante U-6000 o Cuadrante X… —repitió Munro, pensativo—. Bien pudo ser la «zona prohibida», Proctor.

—Ya lo he pensado ahora, al recordar eso —asintió Zen—. Lo cierto es que la sonda se nos perdió definitivamente. No pudimos contactar con ella nunca más, salvo durante un brevísimo momento. Y

entonces... entonces oí esa misma palabra... *Inmortales*.

—¿Cómo fue? —se interesó Delta.

—Una voz remota nos llegó, entre interferencias, muy confusamente. La grabamos en nuestros computadores. Hablaba en nuestra lengua, sorprendentemente. Y nos dijo algo extraño, que siempre fue inexplicable para mí, y que de pronto ha acudido de nuevo a mi memoria, al oír a ese hombre de la pantalla...

—¿Qué dijeron, exactamente? ¿Lo recuerdas?

—Sí, Munro. Lo recuerdo como sí estuviera oyéndolo ahora. Cuando logramos eliminar electrónicamente las interferencias en la medida de lo posible, aquella voz nos dijo, con un tono patético, casi angustioso: «Aquí todo se acaba... Los Inmortales... terminamos para siempre... Es el fin... el fin de... Los Inmortales...» —Zen respiró con fuerza y movió la cabeza, mirando pensativo a las gigantescas, sombrías figuras de piedra negra que se alzaban allí, como fantasmas titánicos de un pasado increíble—. Eso fue todo... La voz nunca más volvió a sonar. Ni nunca entendimos lo que significaba...

Sin darse cuenta, mientras hablaba, Proctor Zen habíase desplazado un poco en su posición. Un repentino fogonazo cercano, un estampido poderoso y el salpicar de piedras negras pulverizadas, al tiempo que la estatua protectora iniciaba una oscilación más amenazadora, al perder parte de su pilar, les recordó su difícil situación ante el adversario. Zen se echó atrás con rapidez, pero algo tarde. Delta lanzó un grito. Munro se inclinó hacia su camarada, alarmado.

—¡Te han herido! —exclamó el joven astronauta, al ver correr la sangre por el brazo izquierdo del experto en electrónica, entre jirones de su traje espacial, desgarrado por la potencia expansiva de la granada que lanzara Zidar un momento antes sobre ellos.

—No es nada... —jadeó Zen, muy pálido, contemplándose la herida —. Puedo soportarlo...

—¡Os avisé! —clamó la voz del cazador de recompensas—. ¡Si no os rendís, acabaréis muertos! ¡Y yo cobraré igual mi premio por vuestras cabezas, os lo aviso!

—Vete al diablo, perro —farfulló Munro, tratando de restañar la sangre de la herida con su pañuelo—. ¿Duele, Proctor?

—Un poco —sonrió el otro, forzado—. Delta, ¿no llevas contigo algo de botiquín?

—Siempre me gustó llevarlo —asintió ella, que rebuscaba en sus ropas—. Al huir de la Torre me llevé lo más imprescindible conmigo. Ven, te cortaré la hemorragia y vendaré momentáneamente esa herida. Cuando volvamos a la nave, podré hacer algo mejor con los medicamentos del equipo de a bordo.

—Eso si volvemos alguna vez —comentó sordamente Munro, calculando sus posibilidades frente a la endiablada puntería de su enemigo, y comprobando que el resultado de ese cálculo no podía ser más negativo.

—Escuchad —musitó Delta, mientras atendía la herida de su amigo —. Se oyen ruidos fuera, pisadas en las baldosas de piedra del castillo…

—Deben ser los androides asesinos de ese mercenario —silabeó Zen —. Creo que estamos perdidos, amigos míos. He oído hablar de esos androides. No hay posibilidad alguna de salir con vida ante ellos.

—Lo imagino… —reflexionó, cambiando luego bruscamente de tema—. Según lo que antes dijiste, Proctor, esos Inmortales han debido desaparecer para siempre…

—Es muy posible. Quizás el mensaje procedía de algún momento en un remoto pasado y era sólo un mensaje captado por nuestra sonda espacial a causa de algún fenómeno concreto. Yo juraría que esta civilización lleva milenios sin existir.

—Pienso igual. Pero alguien dijo que el Tiempo es un factor muy relativo, Proctor. Que es posible que no sea lo mismo en todos los mundos habitados.

—Sea como sea, aquí hemos llegado tarde. De Los Inmortales sólo parecen quedar unas estatuas, unas ruinas, una imagen y unas palabras grabadas, a la espera de alguien que, como nosotros, llegue aquí por un fantástico azar.

—De modo que de Los Inmortales no se puede esperar nada, bueno ni malo —sentenció Delta, terminando el improvisado pero eficaz vendaje del brazo de Zen, que ya había dejado de sangrar.

—Mucho me temo que sea así —suspiró Proctor, afirmando con la cabeza,

El sonido de pasos ásperos, secos, venía ya de la gigantesca escalera. De vez en cuando, un golpe seco indicaba que un androide saltaba de peldaño a peldaño, aproximándose inexorablemente a su punto de

destino y, por ende, a su misión inexorable: asesinar a los tres evadidos del Sistema Estelar Zerbo.

Los compañeros de aventura se miraron entre sí, inquietos, disponiendo sus livianas armas, evidentemente inútiles ante la fuerza que suponían Zidar y sus androides criminales,

Y esperaron.

Esperaron la muerte, porque era lo único que parecía posible esperar en aquel recinto de una remota y fabulosa civilización, perdida quizás para siempre en la noche eterna de los milenios.

* * *

Zidar respiró aliviado, enjugándose el sudor y clavando sus ojos insistentemente en la negra y colosal estatua que protegía a sus adversarios. Sabía que había herido a uno, le era incluso posible ver la sangre formando un leve reguero al pie del negro pedestal de la gran pieza escultórica.

Pero, de todos modos, distaba mucho de sentirse satisfecho. Y todo era por causa de aquel maldito malestar, de aquella molesta y repentina fiebre que hacía arder su piel desde minutos antes, y aumentaba considerablemente la transpiración de todo su cuerpo.

Además, sentía un profundo dolor en su mano derecha, aquella que fuese herida por los espinos de las rosas de oro en el jardín paradisíaco. Apenas si podía utilizar ya su arma con la firmeza suficiente. De no ser así, estaba seguro de haber podido destruir totalmente el brazo de su antagonista cuando lo vio asomar tras el pedestal de piedra. El temblor febril de esa mano lo había impedido. Y lo peor es que la fiebre parecía ir en aumento, e incluso notaba una rara hinchazón en toda la mano.

Rabioso, mientras oía llegar a sus androides por la gigantesca escalinata negra, se arrancó el guante, dejando su arma en el suelo. Un sudor helado se mezcló con el ardor de la fiebre en ese momento. Desorbitó los ojos, fijos en la mano.

—¡Cielos, no! —jadeó, aterrado—. No es posible...

Ante él, tanto los dedos como el resto de la mano, mostraban una hinchazón terrible, un color negruzco y tumefacto, que en la zona arañada por las espinas de las rosas de oro era ya bordeado por una especie de purulenta hinchazón.

—Veneno... —musitó, lleno de horror—. Es veneno... Esas malditas rosas tan bellas... estaban envenenadas... Sus espinas son ponzoñosas...

Se enjugó el sudor, pegándose al muro con angustia creciente. Si aquella inflamación aumentaba, si se extendía por su brazo, quizás fuese mortal de necesidad. Y no llevaba consigo medicamento alguno para intentar evitarlo.

—He de impedir que ellos se den cuenta de esto... —masculló roncamente—. Me matarían sin remedio... Espero que... que los androides... terminen con ellos antes de que puedan advertir nada...

Dirigió sus ojos dilatados hacia la escalera. Sus androides, fríos e implacables, asomaban ya, comenzando a avanzar de forma inexorable a través de la vasta cripta de las estatuas negras. Eran seis formas vivientes, deshumanizadas, mortíferas y brutales, cuyo único objetivo era matar en cuanto recibieran la orden adecuada.

Y sin la menor vacilación, sintiendo que el dolor y la fiebre de su mano herida aumentaba por momentos de forma alarmante, Zidar ordenó rabiosamente a sus mecánicos esbirros:

—¡Matad! ¡Matad a nuestros enemigos! ¡Acabad con ellos de una maldita vez! ¡Os lo ordeno yo, Zidar, vuestro amo y señor! ¡Matad! ¡MATAD!

Los androides, como verdugos fieles y despiadados, iniciaron su marcha de pesadilla, en dirección a los parapetados fugitivos. Munro intentó pararles de un disparo. Se estremeció, al ver que el impacto de su arma sobre el primero de los androides, sólo lograba provocar en éste una especie de leve convulsión, de la que se rehízo, reanudando su implacable marcha hacia ellos, con sólo una pequeña quemadura en sus metalizadas ropas.

—¡Son invulnerables a las armas que poseemos! —gritó roncamente Kaar volviéndose a sus amigos, tras un nuevo disparo que ya ni siquiera conmovió al autómata asesino—. ¡Nos van a aniquilar sin remedio!

—Era de temer —dijo con fatalismo Proctor Zen—. Te dije que ese hombre y su ejército de androides eran poco menos que invencibles. Estamos perdidos, Munro, amigo mío. Siempre estuve seguro de eso, desde que vi su maldita nave negra en pos de nosotros. Se dice que Zidar, el cazador de recompensas, jamás falló en ninguna de sus misiones. No íbamos a ser nosotros una excepción...

Y sonrió con amargura, apretando la mano de Delta con calor,

mientras Munro Kaar, pálido y ceñudo, contemplaba la aproximación de los siniestros autómatas a través de la misteriosa y fantástica cripta de alguien que alguna vez se llamó Inmortal…

CAPÍTULO VII

INMORTALES

Delta contempló con terror el primer rostro invisible de un androide asesino.

Eran como máscaras. Simples facciones de materia plástica, imitando la faz humana, sin expresión y sin vida, carentes por completo de alma y de sentimientos. Los cuerpos, igualmente modelados en materias sintéticas, ocultarían sin duda con complejos circuitos electrónicos que le dotaban de una falsa existencia sólo destinada a obedecer una serie de órdenes.

Aquellos ojos, aquella ausencia de expresión total, sólo hablaban de crueldad fría e inhumana, de inexorable sentencia de muerte para todos. Cada uno de los androides empuñaba un arma rara, una especie de cuchillo que, sin duda, provocaría una muerte horrible y segura en las víctimas elegidas.

Cuantos disparos hicieron sus compañeros Munro y Proctor resultaron absolutamente inútiles. .No consiguieron impedir que los autómatas llegaran ante ellos y, de forma inapelable, alzaran sus misteriosos cuchillos en dirección a los tres evadidos de Zerbo.

Iban a morir. Lo sabían. Y lo peor, es que ni siquiera había medio de morir matando, de vender cara su vida. Por la sencilla razón de que sus verdugos ni siquiera eran hombres de carne y hueso, no eran seres dotados de cerebro y de espíritu, sino máquinas construidas para matar, para destruir.

Máquinas a las que no se las podía aniquilar, antes de caer ante ellas.

—Dios mío, esta vez sí que no existe milagro posible que nos salve... —susurró Delta, aterrada, alzando su mano para proteger su rostro, sus ojos, de la presencia obsesiva y cruel de aquellos monstruos mecánicos...

* * *

Y, sin embargo, fue posible.

Existió un milagro, una vez más, en el azaroso camino de aquellos

fugitivos de la tiranía que buscaban su derecho a la libertad y la vida. El más increíble y fantástico milagro imaginable, incluso para un hombre de fe ciega como Proctor Zen.

Porque, de súbito, como si una invisible centella hubiera caído sobre los seis asesinos mecánicos de Zidar, éstos se pararon en seco, con sus raros puñales en alto, se quedaron totalmente inmóviles en principio... y después una especie de fuego interno comenzó a calcinar su envoltura plástica, y chisporroteos de circuitos encendidos escaparon por su boca, orejas, nariz y ojos. Estos saltaron, vidriosos, haciéndose añicos. Las manos armadas humearon, ennegreciéndose en rápida calcinación. Cables, electrodos, circuitos y piezas complicadas interiores, asomaron por los desgarros de sus seis cuerpos, repentinamente fulminados por una fuerza extraña y desconocida.

Sólo en escasos segundos, ante los asombrados, incrédulos testigos de la masacre artificial, la media docena de androides asesinos se había convertido en un montón de piezas abrasadas, de elementos incendiados y de fragmentos inútiles, entre residuos ardientes de plástico, que humeaban con fuerte hedor.

—Dios mío... —susurró Munro, muy pálido, sin dar crédito a sus ojos—. Destruidos... ¡Todos están destruidos! Es... es como un auténtico milagro...

—No puede ser —farfulló Proctor, sacudiendo la cabeza—. No puede haber ocurrido...

—Y, sin embargo, ha ocurrido —susurró Delta, bajando su mano lentamente, para contemplar con asombro aquel espectáculo increíble —. Ha ocurrido justo a tiempo, cuando iban a asesinarnos a los tres...

Un profundo silencio se produjo después de esas palabras. Al lado opuesto de la inmensa cripta, allí donde se parapetaba el siniestro Zidar, también un mutismo absoluto, una total ausencia de sonidos, delataba el pasmo, la incredulidad, el inmenso estupor de un hombre que, por vez primera en su existencia de cazador de forajidos a través de los espacios siderales, se veía solo, abandonado por sus sicarios mecánicos, contemplando el informe montón de piezas destruidas que eran ahora sus androides asesinos, como pulverizados por la misma invisible mano de un dios inmensamente poderoso.

—Oh, no... no —pudo al fin jadear Zidar, convulso, sintiendo que el fuego de la fiebre y del dolor abrasaba su mano diestra, cada vez más oscura, más hinchada, más deforme—. No puede ser... Mis androides... mis fieles androides... ¡destruidos! ¿Qué ha podido ocurrir? ¿Qué

horrible poder protege a esa gente para que esto haya sucedido?

Y apretó los labios hasta sentir daño, mientras el sudor helado corría por su rostro medio paralizado, mientras una sensación de derrota, desconocida para él, dominaba toda su persona.

Tal vez por eso, la presencia repentina de la luz en la cripta, le produjo menos sobresalto. Era tanta su angustia que no podía prestar atención a nada que no fuese aquel proceso inflamatorio de su mano dañada, aquella fiebre mortal que iba adueñándose inexorablemente de él.

Y con la luz, con el extraño resplandor que de pronto se hizo entre las altas y negras estatuas de piedra pulimentada, algo o alguien se hizo visible, se materializó ante él y ante los tres evadidos, como una aparición de otro mundo.

— ¡Mirad! —clamó Munro, fascinado—. ¡Hay alguien aquí! Ved ahí… esos cuerpos que toman forma lentamente…

Era cierto. Para nuevo asombro de los tres camaradas, en aquella repentina neblina luminosa que flotaba como un halo en el lugar, algo así como cuatro cristalinas imágenes, cuatro figuras espectrales, transparentes primero, translúcidas después, y finalmente sólidas, materiales, se habían concretado como por mágicas artes ante sus ojos deslumbrados.

Cuatro seres humanos de su propio tamaño estaban ante ellos.

Y de los cuatro, uno era una mujer.

—No os asustéis por nuestra presencia —dijo uno de ellos con voz nítida, expresándose limpiamente en su propia lengua—. No somos enemigos vuestros. Por el contrario, consideradnos amigos.

—¿Quiénes… quiénes sois vosotros? —preguntó roncamente Munro Kaar—. ¿De dónde venís?

—Somos Los Inmortales —dijo el mismo hombre—. Los últimos Inmortales. Y siempre hemos estado aquí.

* * *

—¡Los Inmortales!

La exclamación partió de labios de Proctor Zen, llena de asombro y de incredulidad. Delta no dijo nada, pero se aferró con fuerza a sus

dos camaradas, clavando sus bellos ojos en aquella múltiple y extraña aparición.

Munro habló con lentitud, sobreponiéndose a su propia perplejidad ante lo que no acababa de entender:

—Pensaba que los Inmortales erais enormes, como esas estatuas, proporcionados a estas ciclópeas estructuras de vuestro mundo...

—Y así es —sonrió el portavoz de los aparecidos—. Pero nuestro poder nos permite alterar nuestra apariencia a voluntad, para no asustar a los demás. Por eso ahora adoptamos vuestras mismas dimensiones. Pero físicamente, siempre hemos sido iguales a vosotros. Somos humanos, después de todo.

—El Hombre nunca fue Inmortal, salvo cuando fue creado por Dios y estaba limpio de pecado original —objetó Proctor, con voz apagada.

—Existió una raza que no cometió ese pecado jamás —sonrió el desconocido envuelto en la bruma luminosa—. Y esa raza fue la nuestra. Después de todo, pertenecemos a otra fase de esa misma Creación que has nombrado.

—Por tanto... no sois dioses, sino hombres —musitó Delta.

—Así es —afirmó el Inmortal—. Hombres y mujeres, simplemente. Pero incluso nuestra inmortalidad perdimos cuando cometimos el mayor pecado que el ser humano puede cometer: la soberbia de creernos dioses.

Munro escuchaba fascinado. La voz de aquel ser era suave, grata al oído, culta y armoniosa. Todo en ellos era armonía. Los tres varones, de distinta edad, eran esbeltos, arrogantes y hermosos. La mujer era una hembra perfecta, como la propia representación ideal de la belleza femenina. Los cabellos de todos ellos eran de un blanco sedoso, de reflejos casi plateados al recibir aquella luz que parecían llevar consigo. Sus ropas, de túnicas cortas de un tejido sutil y a la vez pesado como el de antiguas túnicas, formando pliegues sobre su figura, tenían matices irisados, como si ningún color concreto tuviera el tejido en sí. No llevaban consigo adornos ni joyas ni armas de ninguna clase. Sus rostros eran serenos y delicados, su mirada limpia y profunda. Pero hubiera resultado difícil describirles con exactitud. Eran como estatuas vivientes, como criaturas de una perfección rayana en lo divino.

—¿Qué sucedió para que esa gente cayera destruida al atacarnos? —quiso saber Kaar,

—Nosotros nada hicimos —suspiró el Inmortal—. El poder partió de vosotros mismos.

—¿De nosotros? —dudó Proctor—. No llegamos a utilizar arma alguna…

—Ella tiene el arma en su mano —sonrió el ser prodigioso. Y señaló a Delta.

—¿Yo? —atónita, la joven abrió mucho sus bellos ojos.

—Así es. Mira tus manos. Están cubiertas por el polvo de oro del Jardín de la Eternidad.

—Oh, esto… —ella alzó sus manos, bañadas de aquella rara tonalidad dorada—, ¿Significa algo?

—Significa todo lo contrario de lo que le sucede a vuestro enemigo, el hombre que pretende cazaros o destruiros. El causó daño y violencia en el Jardín. Y lleva consigo el castigo que le llevará a morir sin remedio. No se pueden dañar las plantas vivientes de ese paraíso vegetal, Es una de las leyes sagradas de Eternia.

—¿Eternia?

—Es el nombre de este planeta donde os halláis. Eternia, donde la vida antes nunca se extinguía en nuestra raza. Aquel que profana ese jardín lleno de vida propia e inteligente, donde las plantas sufren, palpitan y sienten, pero también poseen el poder de proteger o destruir a sus visitantes, está perdido de modo definitivo. Ese hombre es cruel, y mediante la crueldad salió del Jardín de la Eternidad. El Jardín se ha vengado de él inoculándole la muerte que lleva consigo la fiebre producida por un simple arañazo de sus espinos,

—De modo que Zidar morirá…

—Está muriendo ya. No significa peligro para vosotros. Su agonía, lenta y terrible, toca ya a su fin. Vedlo por vosotros mismos.

Hizo un ademán con su brazo extendido. Todos miraron hacia el lugar donde se refugiaba el implacable cazador de hombres del espacio. Así era. Zidar asomaba, tambaleante, bañado en sudor, agitando su mano monstruosamente deforme y ennegrecida.

—Piedad… —imploró—. Ayudadme… Me muero… Este horrible dolor…

—Nadie puede ayudarte ya, Zidar —respondió serenamente el

Inmortal—. Llegaste hasta aquí para destruir… y has sido destruido por tu propia maldad. Ni siquiera nosotros podemos impedir que la ley inexorable del Jardín de la Eternidad se cumpla en tu persona…

Zidar emitió un estertor horrible, se agitó en una violenta convulsión, y rodó de bruces, hasta quedar inmóvil sobre el pavimento negro, tras una mirada vidriosa, con su parte facial rígida y la otra crispada en un rictus de suprema agonía.

—Dios mío… —susurró Delta, bajando la cabeza con un escalofrío.

—No sufráis por su muerte —aconsejó el Inmortal—. El no hubiera dudado en aniquilaros a sangre fría. Podemos leer en las mentes de los demás, diferenciar el bien del mal. Sabemos cómo pensáis vosotros y cómo pensaba él. Gracias a eso podemos, entre otras cosas, hablar vuestra lengua. Y saber los motivos de vuestra presencia en Eternia, en este otro Universo al que no pertenecéis.

—Pero ese aparato… también se expresó en nuestra lengua —comentó Munro, señalando la pantalla, ahora apagada.

—Oh, eso… —sonrió el hombre de Eternia suavemente—. Era sólo una vieja grabación de nuestro maestro, el gran Alfo Vangor, el Profeta, La dejó ahí para que alguna vez, alguien conociera la historia de nuestra raza, una vez extinguida. Puede expresarse en cualquier lengua existente. Basta con que el espectador hable esa lengua, para que la grabación utilice el mismo idioma, mediante una compleja armonización de sonidos fonéticos.

—¿Qué ha sido de Alfo Vangor?

—Murió. Como todos los demás —expuso tristemente el Inmortal—. Sólo nosotros cuatro quedamos con vida, Y por muy poco tiempo. Perdimos el don de la Inmortalidad. Ya somos perecederos, como cualquier otra criatura de la Creación. El motivo ya lo sabéis. Fue tal el desarrollo y esplendor de nuestra raza, llegamos a tan alto grado de poder físico, mental y paranormal, que nos creímos realmente dioses. Esa soberbia nos perdió. Caímos en la corrupción, en el vicio y en la decadencia. En todo lo que nos había estado vedado durante milenios, durante miles de milenios de milenios, por nuestro orgullo desmedido de considerarnos ya invulnerables a todo castigo y a todo poder ajeno al nuestro. Pero ese castigo llegó, ese poder superior actuó sobre nosotros. Y envejecimos. Y comenzamos a morir. Entonces, Alfo Vangor dejó grabada en ese aparato la historia de nuestra raza, para que si alguna vez llegaba hasta aquí alguien de otros mundos, conociera el ejemplo de nuestra historia y tomase nota de los errores

cometidos.

—De modo que vais a morir también… —musitó Delta.

—Como todo mortal —sonrió el hombre de cabello blanco y hermosa figura—. Como vosotros mismos. Sólo que nuestro tiempo se acaba.

—Parecéis jóvenes… —objetó Proctor, fascinado.

—Lo somos hasta morir. No envejecemos, si te refieres a eso. Pero nuestra vejez es mental. Se van agotando nuestros poderes y nuestra fuerza. Nos agotamos como un mecanismo. Y un día, llega el fin. Algo que nunca creímos que pudiera suceder.

—¿De dónde llegasteis? —quiso saber Munro—. ¿Dónde os alojáis, cuál es vuestra vida actual?

—Es difícil de explicar —terció la mujer ahora, avanzando unos pasos y mirando fascinadoramente a Munro Kaar con sus bellísimos, increíbles ojos, de una profundidad insondable, como si la propia eternidad de que hablaban se hallase en aquellas hermosas simas de color indefinible—. Podría decirse que estamos en letargo.

—¿Letargo?

—Sí. Dormimos en un estado de suspensión animada, a la espera de algo por lo que valga la pena consumir el poco tiempo que nos queda, los escasos años que, para nuestro concepto del Tiempo, le pueden quedar a nuestra existencia. Dentro de esta cripta, en un oculto recinto al que nadie puede jamás llegar, hemos reposado durante los milenios que nos separan del fin de Alfo Vangor, nuestro Profeta, y de todos los demás.

—¿Queréis decir que sólo por causa nuestra os habéis materializado, despertando de ese letargo? —se sorprendió Munro.

—Así es. No hay magia en nuestra aparición. Sólo teletransporte, proyección a distancia de nuestros átomos. Desde la cámara del sueño profundo, al despertar con vuestra presencia, nos hemos transportado hasta aquí. Esa luz que nos rodea es sólo la energía portadora, no un efecto fantasmal o mágico, como pudierais pensar.

—Evidentemente, leéis nuestros pensamientos —suspiró Proctor Zen —. Era lo que estaba pensando desde que os vi… Por cierto, ¿podemos llamaros de alguna forma para distinguiros a uno de otro?

—En efecto —afirmó el Inmortal que hablaba por los demás—. Yo

soy, en vuestra lengua, Dragón.

—Yo, Centauro —añadió el segundo Inmortal, con voz tan suave y dulce como la de su compañero.

—Yo, Andros —dijo el tercero de ellos.

—Y yo Medusa —sonrió la joven y bellísima criatura que era aquella mujer de la raza de los Inmortales.

—Dragón, Centauro, Andros y Medusa —recitó Munro—. Curiosos nombres.

—Es sólo una adaptación a vuestro lenguaje, ya te lo dije —sonrió Dragón, mirándoles con simpatía—. Bienvenidos a Eternia. Ptohr, nuestro historiador galáctico, desaparecido junto con el Profeta Vangor y los demás, ya nos habló de la existencia de ese otro Universo de donde procedéis. Y de un remoto planeta existente en él, un mundo donde también había humanos, aunque mortales y de menor tamaño que los de nuestra raza. Ese mundo se llamaba Tierra, ¿no es cierto?

—Así es. Un día, también los hombres de ese planeta se creyeron dioses —sentenció amargamente Munro—. Y se destruyeron entre sí, destruyendo también el planeta. Unos pocos emigraron a otros mundos y crearon nuevas civilizaciones. Que, fatalmente, terminarán también por destruirse, puesto que sólo la tiranía, el odio y la corrupción dominan a sus pueblos y sus gobiernos.

—Siempre sucedió igual, y siempre seguirá ocurriendo —suspiró Dragón—. Sólo una raza en los Universos creados tenía la facultad de no morir: nosotros. Y perdimos nuestro privilegio por nuestras propias culpas.

—Es maravilloso, pese a todo, conocer a los Inmortales —dijo Munro—. Ahora que ya no existe peligro para nosotros, resulta fascinante penetrar en la historia de vuestro esplendoroso pasado, conocer cuál fue vuestra raza y vuestro pueblo…

—Te equivocas en algo —dijo gravemente Dragón, moviendo la cabeza con lentitud—. Sí existe peligro. Quizás más que nunca, extranjero amigo.

—¿Peligro? ¿Aquí? —se extrañó Munro.

—Así es. No sólo el Jardín de la Eternidad, con su vida inteligente y sus plantas ponzoñosas puede ser un peligro para vosotros. Eternia posee uno de los mayores peligros que el ser humano puede encontrar en su camino. Está aquí. Terminó con nuestra raza y sigue aquí,

latente. Ahora sois vosotros los que peligráis, si no regresáis a tiempo a vuestro propio Universo.

—Creímos que no existían males semejantes en Eternia —comentó Delta, inquieta.

—Creísteis mal —respondió Medusa—, Todo castigo, toda destrucción, tiene una forma concreta de manifestarse. En vuestro caso fue la guerra, la energía que el hombre no supo controlar. En el nuestro... es otra clase de poder maléfico y aniquilador el que terminó con nuestra raza. Ese poder sigue vivo. Está aquí. Y puede destruiros a vosotros con suma facilidad.

Munro y sus amigos miraron en derredor, a las profundas sombras de la inmensa cripta negra, como preguntándose dónde podía estar ese inconcreto y terrible peligro mencionado por los Inmortales. Ahora, destruidos Zidar y sus androides asesinos, parecía todo tan sereno, tan en calma, tan seguro...

—Pero... ¿qué es ello, dónde está lo que puede destruirnos, y cuál es su exacta naturaleza? —quiso saber Kaar.

Dragón sonrió. Luego hizo un ademán majestuoso con sus manos.

—Seria difícil de explicar —dijo enigmáticamente—. Lo mejor será que vengáis con nosotros a un lugar más seguro y más acogedor que esta vieja cripta destinada al pòstumo homenaje a nuestra raza y a nuestros grandes hombres ya desaparecidos. No tendréis que viajar. Os teletransportaremos junto con nosotros. Entonces, con calma, podremos deciros la clase de peligro mortal que nos acecha a todos...

—Muy bien. Estamos dispuestos a ir con vosotros adonde sea —aceptó Munro—. Adelante, amigos.

Dragón no dijo nada. Extendió sus brazos y concentró su expresión, mirándoles fijamente. Luego, el resplandor se extendió, envolviendo también a los tres astronautas.

Y éstos notaron que se diluían, en forma de un centelleo vivaz, que sus cuerpos dejaban de ser materia y desaparecían del lugar donde se encontraban, junto con los cuatro Inmortales.

Cuando sus personas volvieron a cobrar forma sólida y material, estaban en un lugar muy distinto a la fantástica cripta del castillo negro.

Capítulo VIII

EL MAL

Medusa se incorporó lenta, majestuosamente. Se movió hacia el lugar donde la luz de los astros era como centelleos de mil colores y mágicas formas, en una noche particularmente luminosa y serena, de un cielo de fosforescencias violáceas que le daban un matiz fantástico, sobrenatural.

Munro Kaar la siguió. Los ojos de Delta siguieron a su vez a su compañero, sin que Proctor dejara de advertir todo ello. La hermosa Inmortal pisó la terraza de blanca balaustrada, asomada al paraje silencioso y bellísimo de la ciudad muerta que se extendía a sus pies.

Munro se detuvo junto a ella. Contempló aquel panorama con expresión absorta, fascinado por la belleza de una urbe llena de filigranas arquitectónicas increíbles, de edificios de una majestuosidad y encanto indescriptibles. Pero todo ello terriblemente silencioso, terriblemente vacío y oscuro en la noche, a excepción del resplandor de los astros y del cielo luminiscente.

—Pensar que Ciudad Magna fue la más bella urbe de todos los mundos... —suspiró Medusa con nostalgia.

—Ciudad Magna... —repitió Munro, desviando la mirada de aquella ciudad aún en pie, colosal y magnífica, extendida a sus pies—, ¿Fue vuestro lugar de nacimiento?

—Así es. Aquí vivíamos felices, poderosos y sin conocer la enfermedad, el dolor ni la muerte. Nuestra sabiduría de siglos, de milenios, enriquecía nuestras mentes privilegiadas.

Y, de repente, todo terminó. Ahí tienes ahora la ciudad. Sigue siendo hermosa. Pero está muerta. Su silencio es ya eterno. Nadie volverá a habitarla jamás cuando nosotros cuatro hayamos desaparecido.

—Todo esto que nos rodea es tan fantástico, tan increíble, Medusa... —murmuró Munro—. Me siento anonadado, sobrecogido. Es la primera vez que unos seres de nuestro mundo lejano, de nuestro Universo, cruzan esa puerta y llegan aquí, a un mundo donde una vez existió una raza inmortal. Hemos sabido lo que es viajar por la nada, transportados nuestros cuerpos de un lugar a otro sin necesidad de otra cosa que esa energía que vosotros domináis... Hemos disfrutado

de vuestra hospitalidad, hemos saboreado vuestros alimentos y frutos en esta mansión adonde nos condujisteis… ¿Qué podríamos hacer nosotros para corresponder a tal hospitalidad?

—Nada, Munro —dijo ella sonriendo dulcemente y volviéndose a mirarle con aquellos fascinantes, mágicos ojos suyos—, Nadie puede hacer ya nada por nosotros. Cuando os marchéis, volveremos a nuestro letargo de siglos, a esperar el día en que despertemos de nuevo por alguna razón… para morir en breve plazo.

Siguió un profundo silencio. Munro inclinó la cabeza. Las palabras escaparon con dificultad de sus labios:

—No quisiera que eso sucediese jamás. No merecéis morir. Vosotros, no.

—Nos hicimos acreedores a ello. Es justo que así suceda. También vosotros, que ahora sois jóvenes, llegaréis a la vejez, a la muerte… Y no por ello os desesperáis. Lo aceptáis como algo natural, como una ley inmutable. Igual que ahora nosotros.

—Pero… ¿cuánto tiempo piensas que…?

—¿Cuánto tiempo nos queda de vida? —sonrió ella de nuevo con mayor dulzura si cabe, pero con cierto aire de tristeza en su semblante hermoso y sereno—. Es difícil saberlo… Digamos que, en vuestro concepto del Tiempo, pueden ser unos años. Veinte, acaso treinta, quizás cuarenta… pero no más.

—Después de todo, será una vida como la mía, pongamos por caso.

—Sí, es posible. Pero nosotros estábamos habituados a otra cosa. Eso nos confunde.

—Lo entiendo, Medusa —la contempló, con preocupación—. Perdona que insista en algo que, como el Tiempo, para vosotros no contó hasta ahora, pero me gustaría saber cuánto… cuánto puedes tú… tener ahora.

—¿De edad? —ella rió, y su risa resultaba melodiosa, cristalina, como millares de pequeños cascabeles de plata tintineando a la vez—. Creo entenderte, Munro. Piensas que soy una anciana de siglos… Tienes razón. Lo soy.

—Oh, no… Eres tan hermosa, tan joven…

—Espera. No es como imaginas. Nuestro cuerpo, nuestra persona, no sufre erosión con el tiempo. Siempre somos jóvenes en toda la

extensión del término. Nuestros tejidos se autoregeneran, nuestra mente y nuestro organismo son idénticos que al principio. No existe edad, no existe tiempo.

—¿No envejecerías si, por ejemplo, salieras de este lugar, de tu propio mundo, Medusa? —trató de saber Munro.

—No. No es este lugar el que nos mantiene jóvenes, el que antes nos hacía inmortales y ahora nos conserva iguales hasta morir. Es la naturaleza de nuestra especie, Munro, las características de una raza. Tu amiga Delta, la bióloga, lo entendería. Nacimos así. Fuimos creados de ese modo. No hay vejez. Ninguna. Si ello fuera posible, porque veo que es lo que piensas, tú y yo podríamos ser pareja en cualquier lugar de este o de otro Universo, y vivir juntos hasta que nos llegase la muerte a cada uno. Tú envejecerías. Yo, no. Sería la única diferencia. Pero ambos moriríamos.

—Es difícil de aceptar que las cosas puedan ser así —murmuró Munro—. Eres tan bella… Es fácil sentir adoración por ti. E incluso amor…

—¿Amor? —ella sonrió—. No, no. Creo que esa chica, Delta, está enamorada de ti. Lo leo en su mente. Te debes a una chica como ella, no a una mujer como yo. Me está vedado amar.

—¿Por qué?

—Hice un juramento. Permanecería con mi gente aquí, en ese letargo, esperando el día de morir. Fui una Inmortal. Soy uno de los últimos de mi raza. Y me debo a ella.

—Prolongar ese letargo no conduce a nada. Alguna vez hay que despertar, como ahora. Y despertar significa ir reduciendo el tiempo, acercándose a la muerte… ¿Por qué no dejar que las cosas sigan su cauce, y que llegue la muerte? No es tan malo, después de todo. Se nace, se vive, se muere…

—A ti te es fácil aceptarlo porque siempre fue así. A mí me cuesta trabajo. Además, Dragón cree que aún podemos ser útiles a otras gentes. Visitantes como vosotros, que necesiten la sabiduría y el poder de los Inmortales. Mientras haya vida, habrá posibilidades de seguir haciéndolo.

—¿Acaso dentro de otros mil años o mil siglos? ¿Volver a despertar para conocer a algún otro viajero perdido, llegado de otros mundos u otros universos, y regresar otra vez al sueño? ¿Y así durante los milenios que ahora os está prohibido vivir? Es una forma grotesca de

alargar la vida que perdisteis.

—Pero lo juré, Dragón así lo quiere, y todos debemos obedecer y cumplir nuestra promesa. Desengáñate, Munro —puso una mano sobre su brazo y le miró dulcemente—. Es mejor que olvides esas ideas. Déjame en mi mundo, con mi gente. Tú regresa a tu propio ambiente y sé feliz allí, con Delta o con otra chica como ella.

—Creo que ya nunca podría ser feliz con ninguna otra —suspiró Munro—. Siempre te veré a ti, Medusa, tal como te veo ahora. Claro que no debo olvidar que tus dimensiones son muy diferentes a las nuestras…

—Eso nunca sería obstáculo. Soy dueña de mi propia estructura molecular y puedo amoldarla a placer. Podría seguir siendo como soy ahora, de tu mismo tamaño, sin cambiar ya nunca más. Nuestras diferencias están en otras cosas más complejas, Munro. En cosas que forman parte de nuestro pueblo y de nuestro destino.

—No te insistiré sobre ello, Medusa. Respeto tus principios, aunque me duelan y no los comparta… —tras un breve silencio, indagó, cambiando de tono—: Dime, ¿qué clase de peligro es ese al que Dragón se refería antes, y que no logro ver por parte alguna? ¿Qué pudo destruir, aniquilar toda una supercivilización como la vuestra y seguir vivo al cabo de tantos milenios?

Medusa se estremeció. Por vez primera, Munro advirtió miedo en sus bellos ojos profundos. Un miedo que parecía materializarse en torno de ella, como algo real y tangible…

—No, no —jadeó apagadamente—. Eso no. No estoy autorizada para hablar de ello. Que sea Dragón quien lo haga…

—Siempre Dragón —se irritó levemente Munro Kaar—. ¿Acaso es vuestro jefe en todo, Medusa?

—En todo, sí. Siempre tiene que haber un jefe, un líder, alguien que mande. El es quien tiene la mayor autoridad de nosotros cuatro. Pregúntale a él. Pero no es bueno hablar de… de ese mal que nos acecha. Puede presentarse en cualquier momento. Y nadie escapa a él. Es… es la muerte cierta, Munro…

Tembló ostensiblemente. Kaar se acercó a ella. La rodeó con sus brazos impulsivamente. Y besó sus labios, como pudo haber besado los de una muchacha de su propio mundo. El temblor de ella se hizo más ostensible ahora. Le miró, entre asombrada y trémula.

—Medusa... —susurró él.

—Volvamos adentro —cortó ella, confusa—. Hace frío aquí...

Ella entró en la mansión donde los Inmortales les habían conducido para comer con ellos un festín de extraños y exquisitos manjares, regados por un vino espeso y dulce. Munro la siguió, convencido de que no podía sentir frío. El clima de la noche era ideal, suave y grato. Se preguntó si la bella muchacha tenía miedo... o sentía una emoción desconocida para ella.

Delta le miró de nuevo al verle entrar. Había reproche en sus ojos. Dragón, en cambio, sonrió con su hermosa faz viril iluminada por la comprensión.

—Mi joven amigo Munro... —dijo, yendo a su encuentro—. Hermosa ciudad, ¿no es cierto? Lástima que no haya vida en ella...

—Es la más bella, gigantesca y sorprendente ciudad que jamás vi —confesó Munro, pensativo. Arrugó el ceño, miró con franqueza a Dragón y le espetó la pregunta con cierto tono áspero que sobresaltó tanto a los cuatro Inmortales como a sus dos compañeros de viaje—. Dragón, ¿qué es, exactamente, ese peligro que nos acecha y que exterminó a su raza? No me gustan los misterios, si se trata de algo que puede amenazarme la vida.

Tras una breve pausa, Dragón asintió lentamente. Parecía entristecido por el acento agresivo de su invitado. Proctor y Delta le miraban con reproche.

—Mi querido amigo, es muy justa su pregunta —manifestó con suavidad Dragón—, Y es también justo responderla. Lo malo de esa respuesta es que lleva implícita en sí misma la materialización del propio mal.

—¿Eh? —Kaar le miró, incrédulo—. ¿Quiere decir que si menciona ese peligro... éste se hace presente?

—Algo así —suspiró el Inmortal, tristemente—. Cierra toda abertura, puerta o ventana, balcón o respiradero, Centauro.

—Sí, Dragón —dijo dócilmente el aludido, apresurándose a ajustar postigos y puertas de aquella sala en que se encontraban y que, quizás por algún procedimiento también parapsicològico, obra de aquellos seres, parecía a ojos de los huéspedes poseer las dimensiones normales de cualquier edificio de su mundo, y no el de uno de gigantes.

—Y tú, Andros, conecta las defensas y la barrera protectora —

ordenó al tercer Inmortal.

—En seguida, Dragón —asintió Andros, dirigiéndose a una cámara vecina, donde manipuló algo con celeridad.

Munro y sus amigos contemplaban toda esa actividad con sorpresa y recelo. Dragón se disponía a revelarle la naturaleza de un mal que había exterminado a su raza. Y parecía que ese simple hecho, podía desencadenar de nuevo el desastre. Al menos, esa impresión daba Dragón con su rara actitud de cautela y prevención.

—Empiezo a sentirme asustada —confesó Delta con espontaneidad.

—Yo también —corroboró Proctor, rodeándola con un brazo los hombros y atrayéndola hacia sí.

Munro no dijo nada. Se limitó a seguir contemplando fijamente a su interlocutor, Dragón, esperando aquella revelación que tanto parecía preocupar a su anfitrión.

—¿Y bien...? —insistió Kaar al fin, con evidente impaciencia.

—Amigos míos, sepan la clase de horror que nos acecha a todos —comenzó calmosamente el Inmortal, paseando por la estancia con mirada abstraída—. Es algo difícil de describir, algo que repentinamente se materializa ante todos y que...

Se detuvo, con un estremecimiento. Sus ojos dilatados se volvieron hacia las ventanas cerradas. Medusa gritó levemente, con sobresalto. Delta se abrazó a Proctor casi con terror.

En los ventanales, algo aleteó con fuerza, produciendo un ruido susurrante, un roce siniestro y extraño...

—¡Ahí está! —gritó roncamente el Inmortal llamado Andros—. ¡Se ha materializado de nuevo!

—Dios... —susurró Centauro—. Vamos a morir si penetra aquí...

Munro Kaar se precipitó al ventanal más próximo, dominando su propia aprensión. Miró a través de sus cristales blindados. Algo oscuro, enorme, golpeaba esos vidrios, y también los muros, haciendo vibrar la estructura toda del edificio. Un sonido muy semejante a un jadeo profundo, se percibía allá fuera. La forma que atacaba, parecía no tener un perfil definido. Podía ser un monstruo, un poder titánico y devastador, pero era imposible describirlo.

—Sea lo que sea, no puedo verlo —dijo Munro, pegándose

virtualmente al ventanal para otear el exterior.

Un reflejo amarillo, maligno, flotó allá fuera. Era como si un enorme ojo le contemplara a su vez con perversa fijeza. Pero tampoco pudo estar seguro de que fuese un ojo. Desapareció el fulgor amarillento. Y la forma oscura, inconcreta, siguió batiendo el edificio. Pese a su formidable resistencia, uno de los vidrios emitió un crujido y se resquebrajó.

—¡Va a entrar! —aulló Andros, perdiendo la serenidad—. ¡Nos matará!

—Calma —pidió severamente Dragón—. No es posible que destruya eso…

—Ha destruido mucho más que una simple ventana —objetó Medusa con gesto sombrío—. El Mal no tiene límites, su poder es superior a todo…

Apenas dijo eso, el vidrio blindado reventó con un estallido áspero y brutal, lanzando sus fragmentos con violencia contra los presentes. Todos se protegieron, alarmados, mientras la forma oscura, tenebrosa, aleteaba ahora dentro de la sala. Las luces de ésta oscilaron, extinguiéndose finalmente. Gritos de profundo terror sonaron por doquier. Munro Kaar se precipitó hacia donde estaban sus dos amigos. En el camino, se tropezó con Medusa, la mujer Inmortal, que sollozaba, llena de terror.

—Calma, calma —la serenó, abrazándola con energía y arrastrándola consigo al fondo de la sala—. Esa «cosa» no puede ser todopoderosa. Hay que ver el modo de defenderse, de atacarla…

—¿Defenderse? ¿Atacar? —repitió ella, con voz crispada—. Destruyó a toda mi raza. ¿Qué podríamos hacer nosotros solos contra ello?

Munro miraba fijamente ante sí, cubriendo con su cuerpo a la hermosa criatura. Notó una especie de hálito frío y viscoso cuando un extremo de aquella materia informe y oscura le rozó, lanzándole lejos, contra el muro, sin soltarse de Medusa en ningún momento.

Fue como si algo irreal, y a la vez profundamente cierto, le rozara desde la eternidad misma. Supo que jamás había notado tan cerca el aliento helado de la muerte…

—Dios mío, ayúdame —pidió con voz ronca—. Si eso es el Mal, demuestra tú, Señor, que el Bien aún puede vencerlo…

Y, movido por viejas y atávicas ideas de fe y de religión, se precipitó sobre los objetos y muebles derribados por aquella «cosa» viva y enorme, que aleteaba a través del ventanal, introduciendo lo que simplemente parecía una extremidad o miembro de un cuerpo enorme, monstruoso, y esgrimió dos columnas pequeñas, de un estante derribado por aquella fuerza diabólica.

Enlazó ambas columnillas en forma de cruz. Y levantó ésta, como si se enfrentase a un mítico vampiro de remotas leyendas de su mundo de origen…

Ocurrió algo asombroso.

La forma oscura se disolvió virtualmente en el aire, brotó de alguna parte un fétido hedor a algo descompuesto, putrefacto… y las luces volvieron a brillar en la sala, mostrando el ventanal roto, pero ni el menor rastro de la presencia oscura y maléfica que les atacaba con tal fiereza.

—¿Qué… qué ha sucedido? —gimió Medusa, pegada a él, mirando con estupor en torno suyo.

También Dragón mostraba su incredulidad, contemplando la vacía ventana, la ausencia de la forma agresiva, mientras los demás se incorporaban lentamente de entre los disparos y reventados objetos, sin poder creer lo que había sucedido.

—No puedo comprenderlo… —susurró Dragón—. Su presencia es la muerte, el fin de todo… Y ha desaparecido, Parece como si hubiese huido, pero, ¿de qué?

Munro iba a decir algo. Pero optó por permanecer callado. Depositó las dos columnitas utilizadas para formar la cruz, encima de la mesa. Movió la cabeza y se volvió a Medusa y a sus dos amigos.

—¿Estáis todos bien? —quiso saber.

—Sí —Proctor le miraba fijamente, con rara expresión—. Muy bien, Munro. Delta también se encuentra sin novedad, no temas.

—¿Y tú? —quiso saber el astronauta, dirigiéndose ahora a Medusa.

—Muy bien… —susurró ésta—. Pero acabamos de salvarnos de la destrucción, de la muerte, de modo inexplicable, Munro…

—Lo sé —afirmó éste, pensativo—. Lo sé, Medusa…

No aclaró nada más. No dijo una sola palabra sobre su acción. Pero

estaba pensando en ello. La Cruz, como arma contra algo que una supercivilización no pudo combatir jamás… El Bien y el Mal, enfrentados de nuevo en su eterna lucha.

¿Dios y el Diablo? ¿Podía llegar el poder de las Tinieblas tan lejos, más allá del Universo conocido, y tomar formas que nadie conocía? Todas estas preguntas danzaban en su mente de forma confusa, hasta aturdirle.

—Sea como sea, lo cierto es que, por vez primera, el mal se hizo presente pero huyó sin causarnos daño —apuntó Centauro, todavía confuso, como si no pudiese dar crédito a lo sucedido.

—Si al menos supiéramos por qué… —añadió Andros, perplejo.

—Siento algo —murmuró Dragón, paseando por la estancia hasta detenerse junto al ventanal roto, asomar por él y mirar hacia la noche, como buscando un rastro, una huella de la maligna presencia en el recinto—. Siento que hay algo que no entiendo… flotando aquí, cerca de nosotros… Pero, sea como sea, estamos a salvo y eso debe bastarnos por el momento. No saben lo afortunados que han sido ustedes, Munro. Ustedes y nosotros, claro está. Pensé que era el final definitivo, la muerte de todos, inmortales o no…

Lentamente, se sentó en la recompuesta mesa e invitó a beber vino a todos. Parecía sumido en una perplejidad profunda, como si todo aquello careciera de sentido para él.

Finalmente, al sugerir Proctor que se sentía cansado, Dragón les aconsejó retirarse a dormir. Ellos, los Inmortales, también dormirían. Pero no en su letargo habitual, allá en la cámara secreta de la cripta, sino cerca de ellos, en la misma edificación donde se hallaban, pero en estancias desprovistas de aberturas, para impedir la aproximación peligrosa del mal desconocido, durante sus horas de sueño hasta el nuevo día.

Ya en sus cámaras, Proctor, Delta y Munro se reunieron un instante, antes de separarse para ocupar sus respectivos lechos. Zen habló con Kaar en voz muy baja:

—Munro, vi lo que hacías… —susurró—. Y en principio me pareció ridículo, un absurdo digno de remotos antepasados nuestros, llenos de superstición…

—Yo también lo pensaba mientras lo hacía, créeme —sonrió Kaar—. Pero comprendí en seguida que mi instinto no me había engañado. Ahora sé por qué los Inmortales fueron exterminados.

—¿Por qué? —quiso saber Delta, alarmada.

—Por no creer en nada. No tuvieron fe. No tenían un Dios ni creían en El como símbolo del Bien y de la lucha contra los poderes del Mal y de las Tinieblas.

—¿El… el Diablo? —se asombró la joven bióloga, enarcando sus cejas.

—Suena ridículo, pero así es. El Diablo adquiere formas extrañas y diversas. El Mal no es una materia concreta, sino algo inmaterial y cambiante, según los lugares y los tiempos. Pero si el Mal existe, es obvio que existe el Bien. Y cada uno tiene un símbolo. ¿Notasteis el frío mortal de aquella «cosa»… y el posterior hedor a corrupción en su huida?

—Sí, por supuesto —afirmó Proctor—. Pero no puede ser tan simple, Munro. Eso tuvieron que saberlo gente como Alfo Vangor, ese Profeta, como los Inmortales, que eran una super-raza…

—Algo les cegó y lo ignoraron. Lo mismo que ciega ahora a Dragón y los demás, pese a su sabiduría y a sus poderes extrasensoriales. Hay algo que no aciertan a captar, como tampoco captaron la causa de la desaparición de ese ser, cosa o lo que ello sea. Por eso estoy de acuerdo contigo. No puede ser tan simple. Me gustaría saber cómo se materializa esa «cosa», de dónde viene y adónde va… Cierto que puede haber un demonio y un infierno, pero su fuente de origen estuvo siempre entre los propios hombres. Me pregunto dónde puede estar esa fuente aquí, en Eternia, el mundo de los que un día fueron Inmortales… Ahora vamos a descansar. Tal vez mañana nos sea posible saber más… De momento, recordad que si reaparece ese monstruo… la Cruz es el único medio posible de ahuyentarlo. Una cruz hecha con cualquier objeto. Lo que cuenta es el símbolo, su significado…

Se separaron, yendo cada uno a dormir. La fatiga les venció pronto.

Y en sus sueños, Munro Kaar sintió de nuevo la presencia de aquella oscura masa mortífera, de aquel ser maligno surgido de la nada y a la nada regresado. Subconscientemente, supo que el Mal estaba cerca, muy cerca.

Pero, ¿dónde?, se preguntó al despertar, cuando el radiante día de Eternia ya estaba en todo su esplendor. Y no supo responder a esa pregunta inquietante.

Capítulo IX

EL FIN

El recorrido por los lugares más insólitos de Ciudad Magna, la que fuera orgullosa capital de Eternia en vida de la super-raza inmortal, terminó sin que los visitantes sintieran demasiado cansancio. Viajar de un lado a otro por medio del teletransporte, era tan cómodo como rápido,

—Me alegra que os haya gustado nuestro pobre mundo agonizante —suspiró Dragón al término del viaje—. ¿Qué más podemos hacer ahora por vosotros?

—Me temo que nada, Dragón —sonrió Munro—. Deseamos volver,

—¿Volver? ¿A vuestro Universo, donde os sentís perseguidos, acosados por enemigos implacables y poderosos? —se extrañó el Inmortal.

—Es nuestro destino. Sería cómodo quedarse aquí y sobrevivir tranquilamente, desentendiéndose de los problemas de nuestros semejantes. No es ése el camino. Nos sentimos moralmente obligados a militar por nuestra causa, a luchar contra las injusticias y la tiranía que esclavizan a nuestros hermanos en el Sistema Estelar Zerbo.

—Podéis morir en el empeño.

—Forma parte del riesgo. A veces, vale la pena morir por algo en lo que se cree, como la libertad, el honor, la fe o el amor a nuestros semejantes.

—Me admiráis —confesó Dragón—, Mi pueblo nunca tuvo esa fe ciega en sus destinos.

—Lo sé. Tal vez por ello perdió su derecho a ser inmortal. Creo que la verdadera inmortalidad del hombre, Dragón, está en su obra, en su recuerdo, cuando ha hecho algo por los demás. Vivir sin objeto ni sacrificio, sin dar algo por quienes nada tienen, no sirve de mucho. Una existencia eterna sin ideales, sería como estar muerto en vida.

—Quizá tengas razón, no sé. De todos modos, os ayudaremos. Con vuestra nave, podemos teleportaros hasta la puerta de nuestro Universo con el vuestro, lo que llamáis «agujero luminoso». Después, una vez al otro lado, ya nada podremos hacer. Vuestro destino estará

sellado para siempre, porque el retorno aquí es imposible.

—Conforme, Dragón. Agradeceremos vuestra ayuda y os recordaremos siempre con afecto y gratitud de hermanos. Partiremos cuanto antes, ¿no os parece, Proctor?

—Sí. Delta y yo estamos de acuerdo —asintió Zen vivamente, con una sonrisa—.

—Bien —Dragón puso su mano en el hombro de Munro—. Vamos a comer. Luego podréis marcharos. Os deseo lo mejor en vuestro regreso, amigos.

—Gracias, amigo Dragón. Y vosotros, cuidaos del poder maligno que os amenaza. Recordad que hace falta algo más que poderes especiales o conocimientos profundos para defenderse del mal. Cuando encontréis esa respuesta, no volveréis a ser inmortales sin duda, pero al menos valdrá la pena vivir la existencia que os corresponda. Y la muerte será algo dulce y sereno, no cruel y demoledor.

—Tus palabras me suenan enigmáticas. Y esta vez no logro leer tus pensamientos con claridad…

—Tal vez porque tu mentalidad no admite ciertas cosas —sonrió Munro, encogiéndose de hombros.

Poco después, reunidos nuevamente ante una mesa, iniciaban la comida de despedida. Munro y Medusa se miraban en silencio, largamente. Delta y Proctor lo advirtieron. Zen notó un gesto de amargura en el rostro de su compañera. La rodeó con un brazo, afectuosamente. Ella sonrió, resignada, y siguió comiendo sin pronunciar palabra.

De repente, Medusa sorprendió a todos con unas palabras firmes:

—Lo he pensado mucho esta noche, Munro —dijo inesperadamente —. ¿Sigues ofreciéndome lo mismo de anoche?

—¿Qué? —él la miró, perplejo—. ¿Te refieres a… a viajar conmigo al otro Universo?

—Sí.

—Por supuesto —Munro Kaar se notó vivamente excitado—. No querrás decir que…

—Acepto, Munro. Quiero irme con vosotros a ese mundo vuestro.

—¡Medusa! —clamó con estupor Dragón—. ¿Te has vuelto loca acaso? Eso es demencial. No puedes irte a un universo que desconoces, a un lugar que no es el tuyo…

—Puedo irme, y lo haré, si Munro me quiere a su lado.

—Desde luego que quiero. Sería un sueño maravilloso, hecho realidad. Viviríamos y moriríamos juntos, Medusa, como cualquier pareja de mi mundo…

—Eres una Inmortal, Medusa —la recordó severamente Dragón.

—Fui una Inmortal —rectificó ella—. Ahora debo morir. No deseo vivir en letargo hasta dentro de miles o millones de años, volver a vivir unos días y dormir de nuevo. Y así hasta el fin. Deseo una vida normal. Ser mujer, amar y ser amada, acaso tener hijos que nunca sepan lo que es la inmortalidad…

—Es absurdo, Medusa. No puedo autorizarlo —rechazó Dragón con aspereza,

—Sabes que eso no puedes hacerlo —replicó suavemente ella—, Eres nuestro jefe, pero las leyes de nuestro pueblo no permiten a nadie tener autoridad sobre los deseos del otro. He elegido mi camino. Quiero seguirlo, para bien o para mal, Dragón. No puedes oponerte. No acepto tu autoridad en eso. Y puedo utilizar mis propios poderes para el teletransporte de los cuatro al otro Universo…

—¿Y no volver jamás aquí?

—¿Volver? ¿Para qué? Moriré allá, en el mundo de los seres normales y perecederos. Pero habrá valido la pena gozar de una existencia así, junto a un hombre como Munro…Lentamente, Dragón inclinó la cabeza. Parecía cansado, abatido.

—Ella tiene razón —apoyó Centauro—. Está en su derecho, Dragón.

—No podemos oponernos —corroboró Andros—. Sólo desearle suerte…

—Está bien —masculló de mala gana Dragón poniéndose en pie—. Suerte, Medusa. Y buen viaje a ese otro Universo que desconoces. Cuide de ella, Munro. Lo merece.

—Mi vida responderá de la suya mientras yo exista —afirmó Kaar, enérgico.

Dragón, sin pronunciar palabra, se ausentó de la mesa. Todos se

miraron en silencio. Delta, con una humedad tenue en sus ojos, se acurrucó más contra Proctor. Medusa y Munro se miraron. Y sonrieron, extendiendo los brazos y aferrándose las manos tiernamente.

—Ya verás, Medusa —dijo él—. Seremos muy felices los dos...

De súbito, un ramalazo helado pareció envolverles. Munro lo captó en seguida. Un susurro ronco llegó de alguna parte, no lejos de ellos. Y en seguida, el edificio vibró, temblando agitado por algo, y se resquebrajó un muro violentamente.

Se pusieron todos en pie, asustados. Derribaron asientos y vajillas, alimentos y muebles. El muro terminó de desplomarse. ¡La masa oscura e informe asomó por él, amenazadora. Un alarido colectivo de horror acogió su presencia siniestra, ominosa...

Luego, aquella masa, como el ala de un gigantesco reptil prehistórico de color negruzco, aleteó directamente hacia Munro y Medusa, que se abrazaron, aterrados, viendo venir hacia ellos aquella monstruosa materia asesina...

* * *

Inesperadamente, Munro saltó ante Medusa, cubriéndola con su cuerpo. Arrancó de cuajo dos candelabros de una pared que también comenzaba a agrietarse, a impulsos de la satánica fuerza que la golpeaba.

Y con ambos candelabros se plantó delante de la masa informe, cruzándolos entre sí. Alzó la cruz así improvisada. Proctor y Delta, con rapidez, le imitaban ya, utilizando los más variados objetos para construir cruces: altas copas de vidrio ambarino, cubiertos o fragmentos de asientos rotos...

Tres cruces se enfrentaron a la masa viscosa y fría que casi azotaba ya los rostros de Munro Kaar y de Medusa, en un contacto mortal. Entonces ocurrió algo insólito.

Aquella masa repugnante se deformó, se empezó a derretir, humeante, despidiendo un terrible hedor a descomposición y purulencia. De su interior informe escapó algo, un sonido susurrante que, de pronto, se hizo agudo grito de agonía y de dolor...

¡Y ante los ojos incrédulos de todos, la materia oscura y maligna se evaporó por completo, dejando en el suelo, retorciéndose convulsa, con los estigmas de tres cruces ardientes, abrasando su piel,

despidiendo humo y olor nauseabundo a carne achicharrada, una figura totalmente humana!

Sus compañeros avanzaron hacia él. Andros y Centauro se detuvieron, al ver que los estigmas en forma de cruz que humeaban en su frente y pecho eran como huellas de hierro candente, profundo y doloroso. Y que los ojos de su compañero les miraban en agónica crispación.

—Dragón… —susurró Medusa—. Cielos, ¿qué es lo que le ocurre? ¿Qué hace él aquí?

—El era el Mal, Medusa —explicó gravemente Munro, sosteniendo implacable la Cruz ante el caído que se revolcaba en medio de horribles espasmos—. El destruyó a todo un pueblo, a toda una raza, trayendo la maldición a su mundo, a su gente, a su propio don de inmortalidad, que perdió por su propia maldad interior.

—Dragón, un hermano nuestro… —sollozó ella—. No puedo creerlo…—Pero anoche, él estaba con nosotros cuando ese monstruo apareció… —objetó Andros, lívido—. Muchas veces surgió ese monstruo en el pasado, estando Dragón presente…

—Creo que el secreto está en su mente, en sus poderes paranormales —terció gravemente Delta—. Podía CONSTRUIR a voluntad una forma maligna que destruyese a los demás. Era su «otro yo», el lado malo de su ser. Podía darle forma a placer, sólo con pensar en ello… Acaso una decepción, un deseo frustrado, en el pasado de su raza, le hizo sentir odio y resentimiento contra los suyos. Eso desató en su mente la fuerza capaz de crear un monstruo imaginario que, sin embargo, se tornaba real para destruir cuando él así lo deseaba… Esta vez, su ira era tal, al ver que Medusa, a quien sin duda siempre amó en secreto, iba a huir de Eternia con otro hombre, que llevó más lejos aún su poder y desencadenó al monstruo poniendo en él todo cuanto de sí mismo podía… que era él, su propia persona, su ser. De ese modo esperaba destruirles, sin que ocurriese un fracaso como el de anoche, tan inexplicable para él, que jamás admitió la existencia de un Dios creador único, ni tuvo fe en nada que no fuese su propio orgullo, su soberbia y su egoísmo. Eso, al menos, es lo que creo yo…

—Pienso como tú, Delta —apoyó Munro gravemente—. Anoche tuve un sueño parecido, pero oscuro e inconcreto. Temía algo así, sabía que el origen de ese Mal estaba cerca… Lo que ignoraba es que Dragón era en Eternia la representación viva de Satán, el Diablo en persona, capaz de aniquilar a toda una raza con el solo poder maligno de su mente, creadora de un monstruo horripilante y demoníaco,

verdadero espíritu de las tinieblas.

—Ha muerto… —susurró Centauro, arrodillándose junto a Dragón—. Ha muerto…

Munro asintió, mirando el cuerpo inmóvil. Lentamente, el rostro de Dragón se serenó, sus estigmas se fueron borrando. Reposó ante todos, como un simple cuerpo sin vida, un cadáver normal, un hombre que había hallado, al fin, su descanso eterno, su verdadera inmortalidad quizás…

—Dios le haya perdonado —musitó Kaar, persignándose. Delta y Proctor le imitaron en silencio—. Ahora, creo que es el momento de marcharse de aquí para siempre… ¿Sigues pensando igual que antes, Medusa?

—Con más fuerzas que nunca —asintió ella, abrazándose a él. Miró a sus compañeros—. ¿Y vosotros? ¿Qué haréis ahora?

—¿Qué hemos de hacer? —Centauro se encogió de hombros—. Sepultar a Dragón en la cripta. Y volver a nuestro letargo. Seguir soportando esta vida que la maldad de nuestro hermano convirtió en algo tan vacío e inútil… Esperar la muerte sin temor. Y empezar a creer, a tener fe en algo más que lo puramente material que nos rodea, en algo más que el propio hombre como dueño de su destino… Adiós, Medusa. Suerte. Adiós a todos, amigos…

Era el fin. La despedida. Munro Kaar, Medusa, Delta y Proctor, emprendieron la marcha hacia el Jardín de la Eternidad, donde aguardaba su nave. La energía mental de Medusa bastaría para volverles a su Universo. A luchar contra el sistema, a enfrentarse en una larga guerra sin cuartel a la tiranía, en defensa de sus hermanos oprimidos.

Ese era su destino y lo afrontaban gustosos. Con ellos, una mujer que un día fuera inmortal, emprendía un viaje sin retorno al destino que ella misma había elegido: ser simplemente mujer. Ser amada y amar. Vivir y morir. Como todos.

F I N

([1]) Aproximadamente, equivale a unos cuatro metros y medio.